

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

siempre rezo por mis muertos

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

SIEMPRE REZO POR MIS MUERTOS

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.330

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 51.418-1975
Impreso en España - Printed in Spain
Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)

1.^a edición: febrero, 1976

© Silver Kane - 1976
Texto

© Miguel García - 1976
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. - El *sheriff* y las viejecitas

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.322. - Los muertos lo pasaron en grande

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. - Infierno: capital, Dodge City

En Colección KANSAS:

666. - Un buitre llamado Cox

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014. - Demasiadas faldas en Wichita

En Colección ASES DEL OESTE:

502. - Ni más ni menos que un hombre

En Colección COLORADO:

637. - Jinetes de medianoche

En Colección CALIFORNIA:

751. - Todos esperaban la muerte

En Colección PUNTO ROJO:

714. - Las mironas

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

317. - El hombre de Abilene

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. - Mariposas negras

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. - Un «Colt», una mujer y un diablo

En Colección LA HUELLA:

62. - Toda una hilera de tumbas

En Colección BRAVO OESTE:

785. - Especialista en señoras

CAPÍTULO PRIMERO

DIFÍCIL DE MATAR

Allan subió calmadamente las escaleras del club que era en realidad un restaurante de pescado, al estilo tailandés, para paladares muy exigentes. Aquellas escaleras de barandilla dorada, alfombradas de rojo, llevaban a una puerta deliciosamente adornada con plafones de laca. Allan la empujó y entonces vio la muerte.

Magnífica recepción.

El fulano que estaba tras aquella puerta, apuntando con una pistola provista de silenciador, no tenía nada de delicioso. Llevaba una camisa blanca y un pantalón arrugado, su cara estaba picada de viruelas y era de una raza indefinible, mezcla de tailandés, de chino, de blanco y quién sabe si también de negro del Bronx. Su pistola era una «P-08».

Sus ojos tenían un raro color amarillo. Sus manos estaban enguantadas, aunque maldito si a aquel tipo le importaba dejar huellas. Su dedo índice era como un resorte metálico más que ya estaba apretando el gatillo.

Allan esperaba aquello.

Bueno, él siempre lo esperaba todo.

Desde que nació estaban intentando matarle.

Y aún coleaba sobre la tierra.

No había visto aún la pistola cuando ya se pegó a la jamba de la puerta. Su movimiento fue tan instantáneo, tan fabulosamente rápido, que el otro ya no pudo ni desviar el arma. Hizo fuego y la bala atravesó la hoja de madera como si ésta fuera un papel de fumar. No sonó ni siquiera un taponazo; los silenciadores son tan

perfectos ahora que a uno le pueden matar mientras escucha una melodía de Mozart sin que se entere el vecino de butaca.

Allan había entrado con la mano en el bolsillo.

Claro, él siempre lo esperaba todo.

Especialmente lo malo.

Disparó desde el interior.

Su cacharro era una pequeñísima «Baretta» especial que llevaba acoplado un silenciador también pequeñísimo, hecho a la medida para filtrar sin ruido unas balas de siete milímetros que tenían muy poco cuerpo, pero lucían, en cambio, una punta blindada de todos los infiernos. El tipejo mezcla de thai de chino, de blanco y de negro del Bronx, ni se enteró. El proyectil le penetró entre las dos cejas con la suavidad de una caricia.

Allan le vio caer.

Ni pestañeó.

El cuerpo de su enemigo cayó proyectado sobre una mesa donde había varias fuentes de pescado, preparado según el más fino estilo thai. Su cabeza quedó empotrada en una de ellas, e inmediatamente, los meros tropicales que yacían allí se tiñeron de rojo.

Allan hizo un gesto de desagrado.

A él le gustaba el pescado de primera clase.

Éste ya no lo era.

En cambio, era de primera clase la mujer que estaba más allá de la puerta cuando él salió dejando el cadáver dentro.

Una tailandesa de unos veinte años.

Fina. Esbelta. De curvas potentes y puestas en su sitio.

De sonrisa inocente.

Ella no sabía que el fiambre estaba dentro. No sabía que le habían preparado una encerrona a Allan.

—¿Ha visto el pescado, señor? —preguntó—. ¿Qué prefiere que le sirvan?

—Sí —murmuró él—; lo he visto, pero no me gusta.

—¿No? —preguntó ella con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. No es posible, señor. Tenemos el mejor pescado del sudeste asiático.

—No está fresco. —Gruñó Allan—, y además, el color de algunos platos tampoco acaba de gustarme. Demasiado rojo...

Salió a la calle.

—¡Taxi!

Había que emigrar pronto de allí.

Por diez baths el taxista le condujo a un sitio donde pudiera pasar desapercibido, un sitio donde hubiera mucha gente y donde él pudiera vigilar sin ser visto al principio, pues estaba seguro de que alguien le seguiría. Allan estaba convencido también de que la cacería no había hecho más que empezar y de que aquella noche asestarían el segundo golpe.

¿Por qué?

Eso era lo que no sabía.

Él había sido enviado desde Washington a Bangkok para unas vacaciones de dos semanas en el mejor hotel de la ciudad, aunque eso de las vacaciones ya no se lo tragaba ni un niño. Seguro que en Bangkok tenía que ver a alguien, proteger a alguien o recibir a alguien, pero por el momento no le habían dado ninguna pista, ningún retrato, ningún nombre. Sólo un billete de avión, una reserva en el lujoso Siam Intercontinental y un puñado de dólares. Para hacer el servicio completo tenían que haberle dado también su propio ataúd, pero de eso no se había acordado nadie.

Allan entrecerró los ojos.

Miró el paisaje que desfilaba ante sus ojos. Dejó por un momento que su vista vagase sin ningún objetivo fijo, como si de verdad, fuese un turista más.

Bangkok.

Mil canales malolientes que se entrecruzan como en una Venecia tropical y llena de mugre. Mil templos de techos rojos o dorados, de colores chillones, parecidos a cromos de un cuento de hadas. Mil mujeres bonitas en las salas de masaje dispuestas a darle a uno toda la felicidad que se puede conseguir en este barrio de desdichas. Mil pistoleros dispuestos a darle a uno toda la felicidad que puede conseguirse no en este barrio, sino en el otro.

Claro que lo de los pistoleros valía sólo para él.

Bangkok es una ciudad suave y pacífica.

Hombres amables.

Mujeres dulces.

Tiendas llenas de cochambre donde el dueño dormita veinticuatro horas esperando un cliente que nunca acaba de llegar.

Y el mismo ambiente abigarrado, el mismo olor humano que él había captado en Pnom Penh, en Vietnam, en Rangoon en Saigón en todo el sudeste asiático. Claro que aquello era mil veces mejor que Benarés o Calcuta. Hubiera sido delicioso si él no hubiera estado allí para un trabajo que ignoraba.

El taxista murmuró:

—Esto le gustará, señor.

Allan pagó, echó un vistazo se coló dentro.

Maldito si le importaba lo que pasara en aquel garito.

Lo único que quería era vigilar.

Vio las luces rojas de la fachada. Las luces amarillas del interior. Vio la pareja que actuaba en la pista.

Allan dirigió al espectáculo una mirada llena de indiferencia porque lo que realmente le interesaba era la puerta: saber si alguien entraba detrás de él.

Pero no entró nadie. Todo estaba tranquilo. La gente miraba embobada.

Un tipo sinuoso se acercó a Allan.

—Quizá a usted le interese algo especial, señor.

Allan se encogió de hombros.

La puerta...

Lo que le interesaba era la puerta.

Se dejó conducir al piso superior, donde el mobiliario era más sencillo y, por decirlo de algún modo, más *directo*.

—Espero que le complazca, señor. Sólo le cobraremos doscientos baths, si usted no quiere ninguna otra cosa.

Allan desvió la mirada.

Ella acababa de entrar.

La chica.

Lástima de juventud.

Lástima de belleza.

Lástima de perro mundo.

Allan volvió la cabeza.

El tío.

Lástima de fuerza.

Lástima de «Browning» con silenciador.

Lástima de cara de mala baba.

Allan le clavó una bala en el centro del corazón antes de que el

otro tuviese tiempo de apuntarle.

Menos mal que se había vuelto a tiempo.

Y es que en realidad no le habían escogido por casualidad. Quizá no había en Washington ningún otro profesional tan experto.

La chica ni siquiera gritó.

Estaba aterrada.

Seguro que ella no sabía nada de todo aquello.

Allan miró, con aprensión, su americana, que estaba quedando hecha un asco, pues ya tenía dos agujeros a la altura del bolsillo derecho. Luego dio un manotazo a la chica y se largó de allí.

Lástima de juerga que se había ido al agua.

Menos mal que aún no había pagado.

El tipo huesudo estaba fuera.

—¿Qué pasa, señor? ¿Es que no le gusta? Le he enviado a nuestra mejor artista...

—De acuerdo —dijo Allan, mientras bajaba las escaleras—, pero el otro no da emoción a la cosa, no se mueve. Ni que estuviera muerto...

Bangkok otra vez.

El olor especial de las calles. El olor humano.

Las risas.

La gente amable y sencilla. La muerte.

Siempre la idea obsesionante de la muerte metida entre las pupilas de Allan, como una maldición que llevaba desde que nació.

¡Si al menos supiera a qué venía todo aquello! ¡Si al menos supiera para qué le habían enviado allí!

¿A quién tenía que atacar? ¿De quién tenía que defenderse? Y sobre todo, ¿por qué?

Estaba seguro de que ahora resultaba inútil vigilar si le seguían, porque efectivamente, le estaban siguiendo. El fulano al que acababa de matar tuvo que entrar no por la puerta que él vigilaba, sino por otra. Se le anticipaban en todo. Dos veces había tenido suerte, esquivando la muerte en la última fracción de segundo, pero la tercera vez quizá sería distinta.

Por eso se hizo conducir directamente al hotel. Allí podía estar más protegido seguramente. En los tres días que llevaba hospedado allí, ya tenía más o menos idea de las personas a las que podía encontrar. Conocía el ambiente un poco.

Vio las luces suaves en la noche. Las elegantes luces de uno de los mejores hoteles del mundo.

El Siam Intercontinental.

Buena jaula.

Buenas tiendas. Buenas habitaciones. Buenas chicas cerca de la puerta Buena piscina cuyas aguas relucían quietas bajo la noche.

Allan pasó por allí, camino de su habitación, después de recoger la llave. Se deslizó por entre las tumbonas, las palmeras, las mesas donde los ricachos comían en *snack*. Claro que ahora todo estaba desierto, el bar se hallaba cerrado y no se distinguía allí a nadie. A nadie excepto el fulano que apareció de pronto, viniendo del fondo de la piscina, como un gigantesco pez fabricado por el diablo.

Era un escafandrista. Seguro que había estado acechando allí desde bastante antes de que él llegara.

Y llevaba un fusil submarino con jabalina de punta especial reforzada, apta para cazar tiburones. Si acariciaba con aquello el cuerpo de Allan, lo atravesaría de parte a parte.

Y la verdad es que estuvo a punto de conseguirlo.

Porque Allan no esperaba aquello.

En aquel paraíso terrenal, su enemigo fue para él como una aparición surgida del fondo del infierno.

Sólo tuvo tiempo de echarse un poco para atrás, de ladearse unas décimas de pulgada, de dejar que su instinto hiciera lo que su cerebro ya no tenía ocasión para pensar. La jabalina le pasó rozando.

Y se empotró en una de las hermosas palmeras que bordeaban la piscina. Casi la atravesó por completo.

Allan se estremeció al pensar que aquello podía haber sido su cuerpo.

Pero ya no tenía tiempo para reflexiones de esa clase. El pez iba a desaparecer. Allan intentó atraparlo vivo.

Una bala, pero esta vez sacando la «Baretta», porque nadie lo veía y porque su americana ya no estaba para más agujeros.

Disparó.

Mala suerte.

Perra suerte para él.

Y especialmente para el otro.

El pez había hecho un movimiento demasiado brusco, tanto, que

Allan ya no tuvo tiempo para rectificar la dirección del disparo. Se dio cuenta inmediatamente de que le había perforado la columna vertebral.

Nada a hacer ya.

Sólo encargarle unos funerales, pero ni ese lujo podía permitirse, porque en el cochino oficio de Allan no hay quien de la cara.

Bordeó la piscina con un gesto de elegante indiferencia, llegó al anexo dónde están la mayor parte de las habitaciones del Siam, pues el cuerpo principal está formado por tiendas y servicios, y se coló en su habitación. Acostumbrado a los hoteles de lujo, aquélla era sin embargo una de las mejores jaulas que había conocido.

El aire acondicionado era una delicia.

La ducha también.

Y el refresco de piña que le había preparado la amable camarera.

Pero hay gente que siempre se queja, a pesar de todo.

Allan miró la hoja que la dirección del hotel había puesto amablemente sobre su mesa:

«¿Todo le parece conforme? ¿Encuentra algún defecto en nuestros servicios?».

El verdugo profesional escribió debajo:

«Sí. Hay un importante defecto. La piscina está sucia».

CAPÍTULO II

FÁCIL DE MATAR

Allan se miró al espejo a la mañana siguiente y lo hizo con absoluta frialdad, sin ninguna pretensión, con esa indiferencia del que sabe que quizá va a ser muy poco tiempo dueño de su propio cuerpo. Aún se mantenía fuerte, maravillosamente ágil, tan esbelto como un muchacho, pero los cincuenta años bien cumplidos empezaban a pesar. En su larga vida de agente secreto, Allan había actuado en América del Sur, en el avispero de Berlín, en Corea del Norte, en Moscú, entre los barracones de Dahomey, en las ciénagas de Vietnam, en los *cabarets* elegantes de París y en los miserables burdeles para negros que jalonan toda la costa oriental africana de cara al Océano Indico. Lo había vivido todo, lo había visto todo, lo había sufrido todo. Lo sabía todo.

Por eso le consideraban un experto y le enviaban a las misiones más delicadas, a pesar de su edad, pues un agente secreto está listo para la jubilación a los cincuenta años. Allan esperaba que pronto podría cuidar de su pequeño jardín, sacar a pasear a su perro y suscribirse a un pequeño periódico local que no diera ninguna clase de malas noticias. Eso y cuidar de su hija. Allan, viudo desde hacía diez años, no tenía a nadie más en el mundo. Su hija era su único amor, pues Allan ya había visto tantas cosas que no amaba ni a su país. Por su hija, por Evelyn, había seguido aceptando las misiones más perras, más sucias, más ásperas, pues sabía que si le liquidaban en misión de servicio le darían a ella una pensión más alta.

Hizo una mueca.

Cochino mundo.

Casi cayéndose de viejo y todavía escupiendo plomo como les gusta hacer a los novatos. Casi inválido y todavía aceptando

trabajos que muchos desesperados no aceptarían.

Terminó de vestirse.

Sabía que la policía tailandesa no tardaría en estar sobre su pista.

Pero, con un poco de suerte, aún podría salir del país antes de que las cosas se pusieran feas. Ahora todo dependía de sus jefes. Que le dijeran de una maldita vez para qué había venido.

—Un telegrama, señor.

El camarero estaba en la puerta. Era un tipo amable, leal, uno de esos hombres de los que sabes que te puedes fiar con sólo verles la cara. Allan suspiró con alivio al ver que de una vez respiraban los de Washington.

Dio diez baths de propina al hombre y desdobló el papelito. El texto consistía al fin en las órdenes que había estado esperando durante tanto tiempo:

«Vaya al crematorio hindú de la calle Ramankabía. Hágase cargo del cadáver de Daniel Voerst. Evite que lo quemem. Dentro de dos horas recibirá nuestras instrucciones. Simmons».

Todo correcto.

Simmons era su jefe inmediato.

El texto estaba en la clave acordada, una clave que Allan ya no necesitaba consultar, porque, después de veinte años de servicios, se las sabía todas de memoria.

Se ajustó bien la corbata de fina seda thai. Se puso en el bolsillo superior un pañuelo de la misma clase. Parecía un *gentleman* y no un *honorable asesino del honorable gobierno de una determinada potencia. Por supuesto que el traje no era el de la noche anterior, aunque se llevó la americana bien doblada para que no descubriese la policía los orificios de las balas.*

Compró en una tienda maloliente una escultura de piedra.

La ató bien a la americana.

Lo hizo desaparecer todo en uno de los innumerables canales que cruzan la ciudad, después de haber arrancado la etiqueta del sastre.

Listos.

Y ahora un taxi.

Ramankabía Road.

Buen sitio con olor a incienso, a basura, a muerto, a flores baratas, a comida en descomposición. Un lugar turístico como el que más. Duermes dos noches allí y te sacan convertido en mojama.

El crematorio estaba al final.

Muchos hindúes no tienen la suerte de que sus cuerpos ardan en las piras de Benarés, la ciudad sagrada. Muchos hindúes revientan en Bangkok, en un cuchitril infecto como tantos y tantos cuchitriles infectos de Mombasa, de Port au Prince, de Sao Paulo, de Brazzaville o de Abidjan. Muchos hindúes han reunido un puñado de monedas y piden que sus restos ardan dignamente en una hoguera como Buda manda. Y el único crematorio hindú de Bangkok estaba allí, ante los ojos de Allan, con su olor a carne muerta, a leña verde y a perfume que parecía haber sido obtenido destilando los intestinos de una vaca sagrada. Sintió deseos de vomitar.

Pero había que aguantarse.

Adelante.

La encargada de aquello era una india de al menos ciento veinte kilos, pues la india que sale gorda, sale gorda de verdad. Con ganas. Su mole mantecosa se perdía en aquella atmósfera alucinante de cuerpos abrasados, de cenizas puestas en vasijas, de huesos irreconocibles y de olores incontrollables. Pero parecía una mujer simpática, dispuesta a servir.

—¿El señor Daniel Voerst? —preguntó—. Pues claro... Recibimos su cuerpo ayer, pues sin duda profesa la religión budista, pero estamos esperando a sus familiares antes de hacer nada. ¿Usted es el que tiene que darnos las instrucciones?

—Cierto —dijo Allan con amabilidad—, pero me temo que ha habido un error. El señor Voerst no profesa su religión, y por lo tanto, su cuerpo no debe ser incinerado. Debo hacerme cargo del cadáver, aunque, por supuesto, abonaré todos los gastos.

La india se enterneció ante aquello de abonar los gastos.

Así da gusto.

Precedió a Allan por una serie de pasillos donde aguardan docenas de hindúes andrajosos unos, altivos otros, pero todos con la mirada quieta y perdida, y le metió en una habitación donde estaba el fiambre de un hombre blanco.

Por supuesto, un desconocido.

Allan no tenía por qué conocer a Daniel Voerst. Sólo le habían pedido que se hiciera cargo de su cuerpo.

Trabajo fácil.

Y para eso le envían a uno a un país tan bonito como Tailandia.

Gastos pagados.

Buen hotel.

Buena comida.

Y trabajo que haría un niño.

Allan sonrió.

Y reventó con la sonrisa en la boca.

Quizá sea cierto que un hombre ha perdido ya muchas facultades a los cincuenta años.

Fue la propia india la que casi le abre en canal por la espalda.

Llevaba un cuchillo de casi dos palmos debajo de su *sari*.

Para ella sí que fue un trabajo fácil.

Y el cuerpo todavía palpitante de Allan fue arrojado por la ventana a una de las enormes piras funerarias que había en el patio inferior. La pira ya ardía cuando él cayó. Se hundió hasta el fondo de los troncos llameantes, rompiéndolos con su peso.

No quedaron ni los dientes.

Ni los huesos de las caderas.

Nada.

Y es que los indios no sabrán preparar una buena comida para un vivo, pero en eso de dejar bien despachado a un muerto, son unos verdaderos tíos. Palabra.

CAPÍTULO III

LA LLUVIA MANSA

La calle Ransome.

Los chalets para gente acomodada, con jardines delantero y posterior, garaje para coches, pequeña piscina y mirador sobre el río Potomac. Chalets para rectores de universidad, para médicos con buena clientela, para comerciantes con alguna suerte, para hombres de profesión inclasificable, pero que ganan buen dinero.

Raiban atravesó la calle.

Él era un hombre de profesión inclasificable.

Como lo había sido Allan.

Pero con una gran diferencia de años. Y de dinero. Y de todo. Porque Allan había sido el maestro; Raiban, el discípulo.

Allan podía pagar aquella casa. O la *había* podido pagar. Raiban no. Raiban vivía en un modesto apartamento de la Cuarta Avenida, cerca del Hotel Sheraton.

Y aún no le habían enviado a misiones delicadas en las que parece jugarse el porvenir del país. Cuando él reventara, era posible que el Departamento de Estado ni siquiera se molestase en enviar una corona.

Claro que tampoco se la habían enviado a Allan.

Sólo se sabía que estaba muerto porque llevaba dos días sin contestar a los mensajes que se le enviaban constantemente. Eso sólo tenía una explicación en un hombre tan cumplidor como él. «The End». Hasta los mejores agentes revientan un día.

Raiban terminó de atravesar la calle.

Las luces difusas.

Las sombras charoladas.

La fina lluvia.

Cruzó la acera con pasos tímidos, pese a que hubiera podido andar como un atleta. La fortaleza impresionante de sus veinticinco años la hubiera envidiado un campeón de las olimpiadas. Metió las manos en los bolsillos de su abrigo un tanto ajado y hundió la cabeza. Quería ser él quien diera el pésame a la única hija de Allan, puesto que Allan había sido su maestro, pero no sabía cómo hacerlo. Era uno de los deberes más penosos, más amargos, con que se había encontrado en su vida.

Fue a llamar ante la puerta de la casa.

La lluvia arreciaba ahora.

Tuvo un estremecimiento de frío.

Y aquel estremecimiento se multiplicó por dos cuando se dio cuenta de algo que no encajaba, de algo que no acababa de tener sentido. Porque la puerta no estaba cerrada. Estaba entornada solamente.

Raiban la empujó con un instintivo gesto de alarma. Pululan por Washington demasiados locos sueltos como para que una chica que vive sola pueda permitirse el lujo de no cerrar bien la puerta. Mientras rechinaban sus dientes, entró en la casa.

Buena jaula la de Allan.

Había luchado como un perro de presa en los peores lugares del mundo sólo para poder dar aquello a Evelyn, a su hija. Sólo para que ella tuviera lo que él, de niño, no pudo tener. Se había convertido en un perro de presa porque no sabía hacer otra cosa, y porque hoy, además, el mundo está hecho para los perros de presa.

Era el único trabajo por el que le habían pagado bien.

Raiban aspiró el silencio.

El olor especial de la muerte.

Se estremeció de nuevo.

Y entonces la vio.

Tuvo que ser en el baño.

Sin nada encima.

Ahogada en su propia bañera.

Con los ojos desencajados aún.

Sin duda la habían ahogado poco a poco.

Haciéndole sufrir.

Raiban tuvo que dejar de mirar.

Y eso que en el mundo se había tenido que tragar muchas cosas

miserables.

Pero ésta no.

Evelyn sólo tenía dieciséis años.

Y una mirada candorosa.

Y una boca que no había sido besada aún.

Y un cuerpo que nadie había visto.

Ni él.

Cuando a veces Raiban venía a tomar el té a aquella casa, nunca imaginó que llegaría a ver a Evelyn en aquellas condiciones. Nunca pensó en una escena así. Nunca le entró en la cabeza que ella también pudiera llegar a ser una víctima.

Sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Era vergonzoso quizá.

Pero no podía evitarlo.

Con pasos vacilantes fue hasta el teléfono. Necesitó apoyarse en una de las ventanas. Por los cristales de ésta resbalaba la que parecía la lluvia de la tristeza y de la muerte. La fina lluvia...

Raiban estaba tan aturdido, tan destrozado moralmente cuando descolgó el teléfono, que incluso se equivocó de número.

CAPÍTULO IV

LA MISIÓN DEL HOMBRE MUERTO

El amable camarero thai hizo un gesto de tristeza al depositar el tercer telegrama en la casilla correspondiente a la llave del señor Allan, el elegante americano que daba siempre tan buenas propinas. Era extraño que el señor Allan no hubiera venido en veinticuatro horas por allí, muy extraño. Claro que Bangkok es una ciudad llena de placeres secretos, una de las pocas ciudades del mundo donde aún se piensa en la dulzura de vivir, y un hombre cincuentón puede perderse en ella durante más de un día. Pero aun así, resultaba extraño.

Puso en su lugar el tercer telegrama.

Ignoraba que ya nadie lo recibiría.

Ignoraba también que la hija de Allan jamás conocería la noticia de la muerte de su padre, pues ella también había de morir. El telegrama había llegado un día antes de que Raiban descubriera el cadáver en Washington, un día antes de que aquel sucio crimen se cometiera. Pero en la dulce Bangkok de los que tienen dinero para gastar, ¿quién se molestaba en pensar en crímenes?

Momentos después olvidó los tres telegramas.

Y lo curioso era que los tres decían lo mismo, aunque estaban en una clave que él no hubiera podido descifrar:

«Reciba vuelo

TG-600

de las líneas aéreas tailandesas a banquero Mulligan. Debe protegerle a toda costa. Ésa es la misión por la que ha sido enviado a Bangkok. Protéjale cueste lo que cueste y con riesgo de su propia vida».

El telegrama terminaba dando las gracias.

Pero, traducido al lenguaje vulgar de los agentes secretos, aquello quería decir:

«Revienta tú si quieres, pero, sobre todo que no le pase nada a Mulligan».

En aquellos momentos en Washington, estaban ya intranquilos al no recibir confirmación por parte de Allan y al no poder localizarle, pero al tratarse de un agente veterano confiaban ciegamente en él. No era posible que le hubiera ocurrido nada. Por eso habían enviado un tercer telegrama cifrado por si los dos anteriores. —Aunque era muy raro—, se hubiesen perdido.

Mientras tanto, el banquero Mulligan había llegado a Bangkok en la primera clase de uno de los viejos, pero todavía muy confortables

«DC-8»

que hacen la ruta desde Singapur. Tenía bastantes cosas que resolver en Bangkok y contaba con la seguridad de que uno de los mejores agentes del servicio secreto norteamericano le protegería mientras estuviese allí. Sólo al salir del avión, Allan ya le estaría esperando.

Y, en efecto, le estaban esperando.

Él sólo conocía a Allan en fotografía.

Pero la verdad era que el hombre que vino a su encuentro en la sala de espera de la llegada Internacional, tendiéndole la mano con una sonrisa, se parecía bastante a Allan. A los ojos de Mulligan, no podía ser otro. Y además, ¿por qué sospechar un cambio? ¿Qué otra persona sabía que él llegaba a Bangkok y en aquel vuelo precisamente?

Mulligan sonrió también.

—¿Allan?

—Para servirle, señor Mulligan.

—En Washington me hablaron de usted.

—Mejor que no pronuncie la palabra «Washington», señor Mulligan. No es que tenga importancia, pero hay algunas precauciones elementales que debemos guardar. Por mi parte, no voy a preguntarle cuál es su trabajo aquí.

Mulligan rió.

—Bueno, lo sabrá pronto —dijo—. Espero que me haya reservado hotel.

—Sí, señor, el Asia.

—Me han dicho que no es el mejor.

—¿Prefiere el Indra o el Siam?

—Quizá sean más confortables.

—Pero el Asia es más seguro, señor Mulligan. Hágame caso a mí, puesto que soy responsable de su vida mientras esté en Bangkok. Acompañeme, por favor. Un taxi nos está esperando; no se preocupe por su equipaje, porque yo mismo lo recogeré más tarde.

—Je, je... ¿Teme que le hayan puesto una bomba?

—Todo es posible, señor Mulligan. De un modo u otro, mi obligación es no entregarle ningún objeto que no haya sido comprobado previamente. Sígame.

Los dos hombres salieron del aeropuerto.

Y Mulligan recibió de lleno el impacto de la luz blanca.

Del calor tropical.

De los ojos de las mujeres pequeñas, pero hechas para el amor.

El taxi aguardaba fuera.

Los dos subieron. Mulligan suspiró satisfecho, puesto que el vehículo terna aire acondicionado.

—Se está muy bien aquí...

—Y lo estará mucho más, señor Mulligan. Pero, antes de ir al hotel, quiero que conozca a los otros hombres que van a velar por su seguridad, además de yo mismo. Tiene que verlos en un sitio bien alejado del hotel. Por eso he elegido un viejo crematorio indio que hay cerca de aquí. Le agradecerá además conocer aquel ambiente nuevo, ancestral, casi mágico...

Y rió quedamente mientras ponía una mano en las carnosas espaldas del banquero. Ardería bien.

Le ofreció cigarrillos gentilmente.

—¿Quiere fumar? Son tailandeses. Muy perfumados, de verdad. Muy recomendables.

—Muy bien —dijo Mulligan—. Los probaré, gracias.

Y se puso uno en los labios. El falso Allan sonrió e hizo brotar la llamita del encendedor casi en sus narices, mientras susurraba:

—¿Fuego?

CAPÍTULO V

LOS COMPASIVOS

El honorable, el mágico, el casi santo Muley Alcacem era árabe, por supuesto, pero nadie lo sabía en Bangkok. Viajaba con pasaporte australiano perfectamente falsificado por sus hombres del servicio especial, que hacían muy bien un trabajo por el que cobraban auténticas fortunas. Muley Alcacem, para reforzar esa impresión, vestía impecable lana australiana, zapatos realmente comprados en Sídney y hasta ropa interior adquirida en un almacén de Melbourne. No podía permitirse el lujo de un fallo y no estaba dispuesto a cometerlo.

Con ojos entornados, con aspecto aburrido, contempló a la muchedumbre que se deslizaba por los alrededores del templo del Buda Yacente, una de las poquísimas esculturas de Buda en posición de persona acostada que existen en el mundo. Bonzos con sus túnicas color azafrán, fieles que les llevaban comida y obsequios, chiquillos que pedían limosna, vendedores de fruta, turistas, ladronzuelos y hasta algún militar uniformado pululaban en torno al importante, al honorable, al casi santo Muley Alcacem, y se permitían incluso rozarle con sus indignos cuerpos sin sospechar que pudiera ser una persona tan insigne. Molesto por los olores, por los roces, por toda aquella presencia humana que no deseaba, Muley propinó una coz a un chiquillo que le pedía limosna, apartó a una mujer, miró con desprecio a un bonzo al cual pisó como si fuera una hormiga y se dispuso a salir de allí porque la persona a la que esperaba en aquel ambiente indigno ya se había retrasado dos minutos. Y los hombres importantes no tienen por qué aguantar tanto.

Lo vio, entonces, a la entrada del templo.

Quizá le vigilaba desde allí.

Ojos tranquilos.

Cruelles.

Facciones duras.

Lástima que fuese un perro infiel y que no le tuviera el respeto que le tenían los hombres de su secta, pero sin duda era un hombre en el que podía confiar. Le habían dicho que se parecía a Allan, el americano, y que por eso le habían elegido para aquel trabajo. ¿Pero a él qué le importaba Allan? ¿Y por qué había tenido que esperar dos minutos?

El hombre vino hacia él.

—Me llamo Karl —dijo.

Muley le miró de cabeza a pies como el que mira un caballo de raza que, de todos modos, no se ha decidido a comprar.

—Me han asegurado que eres alemán. —Gruñó.

—Sí. Nací en Koenisberg.

—¿Dónde está eso?

—Antes era Prusia Oriental, lo mejor del país. Ahora todo el territorio lo tienen los cerdos rusos.

—No he venido para que me hables de los rusos. Tenemos trabajo.

Karl le señaló calmosamente uno de los trabajos de orfebrería del templo, como si le estuviera hablando de aquello exclusivamente. Por otra parte, nadie se fijaba en ellos y no llamaban la atención. El sitio para aquella entrevista había sido maravillosamente escogido.

Karl susurró:

—Ha llegado Mulligan.

—¿Cuándo?

—Hace dos horas.

—¿Y...?

—No queda nada de él.

—¿Ha ardido?

—Por completo.

Los ojos del árabe brillaron con una chispita de complacencia.

—¿Vivo? —preguntó con el más obsequioso interés.

—No, claro que no. Ha habido que matarle antes para que no chillara.

—Lástima...

—Estamos aquí para trabajar, señor Alcacem, no para divertirnos.

—«Que tu trabajo sea tu placer». Es uno de los consejos más sensatos del Profeta.

—Déjeme hacer lo mío. Usted haga lo suyo.

—No me tienes mucho respeto. —Gruñó Muley Alcacem—. Y soy no sólo uno de los hombres más ricos del mundo, sino además uno de los jefes espirituales de mi pueblo, uno de los más fieles guardianes de la pureza de la fe, que en otros sitios se ha corrompido. Casi un santo.

—¡Ah, bien! —dijo Karl con desprecio—. No me había enterado.

A él que no le vinieran con santones y con jefes de secta. Él era simplemente un asesino, uno de los asesinos mejor pagados del mundo. Conocía su oficio y lo demás no le importaba. Al diablo.

—Le fui a buscar diciendo que era Allan —murmuró—. Ni por un momento desconfió de mí.

—¿Y Allan? ¿Es cierto que también ha muerto?

—Pues claro...

—¿Su misión era proteger a Mulligan?

—Por supuesto, pero nunca lo supo. Lo pudimos engañar fácilmente con un mensaje falso. Lástima que, cuando se nos ocurrió la idea, ya habíamos perdido a tres de nuestros mejores hombres. En fin, lo pudimos entrar al crematorio y... ¡zas!

—¡Hum...! Tampoco me extraña, después de todo. Me han dicho que Allan era uno de los guardianes más cotizados que tiene el gobierno de Estados Unidos. No, no me extraña que matara a tres hombres antes de reventar.

—Tenía —corrigió Karl—. Ahora el Gobierno yanqui ya no tiene nada.

—¿Cómo conocisteis su misión y la clave en que iba a recibir los mensajes?

—Ése es asunto nuestro, señor Alcacem. Usted paga; nosotros trabajamos.

—Contáis con espías en todas partes, ¿no?

—Sin ellos no habría modo de trabajar. No se podría hacer nada.

—¿Tenía familia en Estados Unidos ese hombre?

—Sí. Una hija.

—¿Joven?

—Una chiquilla. Allan había aceptado las misiones más perras para que, si reventaba, le dieran a ella un buen retiro. La chica era su obsesión.

Los ojos del honorable, del importante, del casi santo, se entenebrecieron.

En ellos brillaron dos puntitos negros.

—No quiero que la muerte de mis enemigos beneficie a nadie —dijo—. Sólo a mí.

Karl le miró de soslayo.

—Yo soy un profesional —dijo—. No vivo de mis sentimientos.

—Yo sí.

—¿Y qué piensa ahora?

—Que Allan fue un mal bicho. Un cerdo inmundo cuya carne nunca fue comestible y cuyo aliento fétido infectó la tierra.

—Hombre... ¡dicho de ese modo...! Por supuesto, la hiena se defendió antes de reventar. Liquidó a nuestros mejores hombres, ya se lo he contado.

—Pues quiero que siga rabiando en el infierno. Que no tenga ni el consuelo de saber que su hija cobra una pensión elevada. Que no disfrute, pensando que se ha cumplido el ideal de su vida.

Los ojos de Karl se entrecerraron. Parecieron dos diminutas rendijas.

—Eso le costará mucho dinero, señor —dijo—. Tenemos mucha gente en Washington, gente buena y segura. Pero es cara.

—No importa el precio.

—Entonces, de acuerdo... Puedo dar la orden enseguida.

—Hazlo. Quiero llevar flores a la tumba de esa zorra en mi próximo viaje.

Karl se encogió de hombros.

Perfecto.

Con tipos así daba gusto trabajar.

—Lo haré —musitó—, pero ahora debemos realizar una obra piadosa.

—¿Adoptar a la tailandesa?

—¡Ujú!

—Claro —dijo Muley pensativamente—; una buena obra.

—Forma parte indispensable de nuestro plan. Sin ella, no

conseguiríamos absolutamente nada, se lo aseguro.

—Tiene gracia. Una chica tan insignificante...

—Ella nunca lo sospechará.

—Por supuesto.

Y los ojillos del árabe brillaron mientras añadía:

—¿Bonita?

—Mucho.

—¿Edad?

—Dieciséis.

—¿No tiene parientes?

—Nos hemos asegurado de eso.

—¿Pues de qué vive?

—Trabaja en una tienda de sedas, donde le pagan muy poco, y siempre está diciendo que quiere marchar al extranjero. No la echarán en falta.

Muley sonrió.

—¿Qué papel piensa que es el mío? —preguntó.

—Está segura de que usted le proporcionará un empleo excelente en París. Y un empleo honrado, además, porque la chica no es de las que se venden. Le han sobrado proposiciones para trabajos bien pagados en las casas de masajes y nunca aceptó.

—Perfecto... Hum... Perfecto. Entonces, vamos.

Los dos salieron del templo, al cual llegaba en aquel momento, arrastrando los pies, una procesión de viejos monjes budistas. Más allá del patio se oían las palabras graves y sonoras de alguien que predicaba. Hombres somnolientos, medio tumbados en un rincón, sorbían con una pajita el contenido de un coco verde.

El «Cadillac» era fastuoso.

Pero Karl lo miró con asco.

—No debiera presumir tanto en Bangkok —aconsejó—. Debe procurar no llamar la atención en ninguna parte.

Muley Alcacem ni siquiera se dignó contestar. ¿Pero qué se había creído aquel asesino muerto de hambre? Si disponía de un «Cadillac», ¿por qué conformarse con un taxi lleno de piojos del servicio público de Bangkok?

Subieron los dos y fueron a la villa que el mismo Karl había elegido. Era una mansión cercana al río, mansión que llamaba tanto más la atención por cuanto estaba casi rodeada de construcciones

miserables. En Bangkok no hay propiamente zonas residenciales, en especial en los sectores de los canales. La única diferencia está en las casas, algunas de ellas muy dignas, situadas en cambio junto a chamizos casi miserables.

Los dos hombres entraron. La chica ya estaba allí. Con un aspecto tímido, pero elegante a la vez, tendió la mano respetuosamente a sus dos visitantes. Corban, el hombre que la había traído hasta allí con la promesa del fantástico empleo, se había situado a su espalda. Sonreía.

Tenía una sonrisa helada.

Una sonrisa que apestaba.

Porque todo apestaba en él, desde su mirada glacial a las puntas de sus zapatos magníficamente lustrados, desde sus manos finas a sus dos dientes de oro que se esforzaba en ocultar, porque quería parecer más joven. Pero la muchacha no había notado nada de eso, porque para la muchacha sólo los sueños existían.

Y muchos años de miseria también.

Once hermanos en casa.

Trabajos miserables.

Ningún porvenir.

En las tiendas tailandesas suele haber cuatro veces más dependientas de las que serían necesarias en cualquier tienda occidental, pero se las puede tener allí porque apenas cobran nada.

Y ella sabía que nunca saldría de la miseria.

A menos que...

Por eso la esperanza brillaba en sus ojos. Por eso no se había fijado detalladamente en Corban. Por eso no captaba tampoco la mirada lasciva, lenta, del que le habían demostrado, mediante fotocopia de su pasaporte, que era un millonario australiano.

El inglés de la chica era fluido, fácil. Lo hablaba bien. Les explicaba a los dos que se había educado en parte cuidando niños americanos y en parte enseñando la ciudad a los grupos de jóvenes; por lo tanto, podría trabajar en cualquier parte. Sería cumplidora y cobraría poco. Podían confiar en ella.

Pero los tres hombres ni siquiera la escuchaban.

Sobre todo Corban, situado a su espalda.

Fue Corban el que le golpeó en la nuca con un calcetín relleno de arena. El golpe seco, tajante, feroz, pudo haber matado a una

persona más vieja, pero a una chiquilla la dejó sin sentido solamente. La muchacha cayó como un fardo a los pies de Muley Alcacem, quien la miró con deseo, con indiferencia y con ansia a la vez, como si fuese una yegua de gran clase que estuviera pensando comprar, aunque sin acabar de decidirse.

Corban la arrastró hasta la habitación contigua. Muley se le acercó...

Pero Karl le detuvo con un gesto de asco.

—Aún no —susurró.

—¿Y qué inconveniente hay en ello? ¿Qué importa?

—Usted no sabe aún para qué la tenemos aquí. —Gruñó el alemán—. Y más vale que lo aprenda, condenado cabezota.

—¡Oiga! ¡Téngame más respeto!

—Lo que trato de hacer es ayudarle y evitar que cometa un error tras otro. Soy un profesional y debo hacer las cosas bien. Le he dicho antes que no vivo de mis sentimientos. Perfecto. Ahora le añadiré que tampoco vivo de mis deseos.

—Bien, pero ¿a qué tanto respeto con esa perra?

—Hay que hacer algo antes.

—¿Algo? ¿Qué?

—Está aquí para que un hombre pueda entrar en el país. Sin ella, sería completamente imposible.

—¿Esa puerca insignificante puede hacer que un hombre determinado entre en Tailandia?

—Sí.

—Pues no lo entiendo.

—Pronto lo entenderá, puesto que financia la operación. Pero ahora, aguarde. Sobre todo, aguarde.

El jeque árabe hizo un gesto de asentimiento. Y a partir de aquel instante contempló como fascinado, un espectáculo a la vez científico y miserable, a la vez habitual y salvaje, un espectáculo que se repite todos los días en todas las grandes ciudades del mundo, aunque no son personas, y del que nadie se quiere enterar.

Simplemente, Corban, estando la chica dormida aún, le practicó una operación para extirparle las cuerdas vocales.

Él sabía hacerlo bien.

Tenía, entre otros, un macabro oficio.

Era ayudante de vivisección en los laboratorios donde se

experimenta con animales.

Y la extirpación de las cuerdas vocales a perros, gatos y monos era algo que había realizado miles de veces. ¿Por qué no iba a saber hacerlo con una mujer?

A los pobres animales se les deja sin voz para que no puedan aullar, gritar, ladrar, gemir, demostrar su terrible dolor cuando las tijeras o los bisturíes los abren en vivo más tarde. Las salas de vivisección parecen lugares tranquilos, apacibles, donde apenas se oye un susurro. Ese pobre perro que apenas se estremece parece no sentir, a pesar de que unas tijeras le están hurgando en el vientre. Y no es que no sienta. *Es que no puede aullar su terrible dolor.* Sólo sus ojos casi humanos imploran piedad, una piedad que no tendrá. Aquel felino delgado y sin pelo ni siquiera maúlla cuando un bisturí se hunde en sus carnes. ¿Qué pasa? ¿Es que está anestesiado...? No... Si tuviese la garganta intacta, su terrible grito llegaría hasta mucho más allá de las paredes blancas. Pero le han extirpado las cuerdas vocales. Lo han convertido en una caja de sufrimientos que no puede gritar. No se trata de que los pobres animales se eviten un dolor, sino de que los investigadores trabajen cómodos. ¡De lo contrario allí habría un ruido infernal, qué diablos! ¡Y anestesiarlos tampoco puede ser! ¡Demasiado molesto y demasiado caro! ¡Un hombre culto debe respetar las leyes de la sagrada economía!

Y ése era el trabajo de Corban.

Cuerdas vocales.

Sufrimiento. Muerte.

Por eso lo hizo una vez más.

Y perfecto.

Cuando la muchacha despertó, no podía gritar. No podría gritar ya más su horror, su angustia, su desesperación, su impotencia, su deseo de morir.

Porque allí estaban los tres lobos carniceros.

Rodeándola.

Buscándola.

Era su capricho.

Sobre todo Muley Alcacem.

Había llegado la hora del *premio*.

Su dinero le costaba.

Mientras la arrancaba brutalmente de la mesa de operaciones la

condujo a rastras fuera de la habitación. Los ojos desencajados de horror de la chica fueron la única huella que ésta dejó de su paso.

Corban y Karl se sentaron a esperar.

Había que tener un poco de paciencia, ¿no?

A ellos también les llegaría su turno.

CAPÍTULO VI

OSCURIDAD Y SILENCIO

La chica era apenas un guiñapo, un pedazo de carne desesperada y rota, un pobre ser que no podía gemir su dolor y que con los ojos sólo pedía la muerte. Además no entendía nada de todo aquello, como tampoco lo entienden los animales, los pobres seres a los que tantas veces torturamos para nuestro placer. Pero aún no habían terminado con ella.

Corban dijo lentamente:

—Bueno, ahora hay que hacer lo útil.

—¿Lo útil?

Muley Alcacem le contemplaba con mirada risueña. Lo estaba pasando bien. En las arenas de su imperio había sepultado a veces mujeres vivas porque, según su opinión, no le habían sido lo bastante fieles. Jamás sintió compasión ante una mirada, ante un gesto, ante una palabra. ¿Por qué iba a sentirla ahora? Para él, la muchacha thai era poco más que una mosca a la que se aplasta.

—¿Lo útil? —repitió.

—Sí. Hay que hacer con ella lo necesario para que el hombre que ha de entrar en Bangkok pueda entrar.

—¿Y qué es lo necesario?

—Ahora va a verlo.

Corban fue a la habitación contigua y volvió con un botellín lleno de un líquido claro, aunque ligeramente turbio. La botellita iba provista de una especie de cuentagotas de metal. Hizo un gesto a Karl para que atara a la chica.

Éste no tuvo ninguna dificultad.

La pobre muchacha estaba ya demasiado destrozada para resistirse.

La inmovilizaron sobre una silla, y empleando sus largos y sedosos cabellos le echaron la cabeza hacia atrás de forma que no pudiera moverse. Ella cerraba los ojos desesperadamente, quizá porque adivinaba con terrible intuición lo que iba a suceder.

Pero se los abrieron.

Nada tan fácil como eso.

Corban extrajo el cuentagotas lleno mientras decía con voz lenta:

—Ácido sulfúrico. Se los abrasará.

El grito lacerante de la chica se hubiera oído sobre los canales turbios, por encima de las palmeras que mecía el viento, más allá de los templos dorados, de las calles llenas de coches y de las tiendas miserables. Pero no se oyó nada. Solamente su cuerpo se contorsionó varias veces con un terrible sufrimiento, mientras las gotas caían como plomo derretido hasta el fondo de sus ojos.

Karl dijo, entonces, con extraña suavidad:

—Bueno, ahora hay que preocuparse de ella. Somos buenas personas, ¿no? Pues ahora hay que cuidarla... Demostrar nuestra compasión con ella...

CAPÍTULO VII

LO QUE SE DICE UN MUCHACHO SIMPÁTICO

Raiban entró en la habitación.

Por las dos únicas y estrechas ventanas entraba a su vez la luz turbia de la Calle 105 ya a la altura de Harlem, cerca del río del mismo nombre, allí donde Nueva York se transforma en un *ghetto*, en una especie de cárcel y en un fortín a la vez. Raiban penetró en aquel mundo alucinante de drogadictos, de prostitutas de tres al cuarto, de asesinos de todas las razas, de desesperados y de basura humana; un mundo donde la propia policía de Nueva York no se atrevía a penetrar. Se metió en el mundo prohibido de las ratas humanas, sabiendo que no saldría vivo de allí si no era matando. Pero desde que había visto ahogada a la hija de Allan, *EL SABÍA QUE TENÍA QUE MATAR*.

No se anduvo con rodeos.

Había tres camas.

Tres hombres.

Sin una cortina que les separara, sin nada que les aislara, dormían plácidamente. Y fue uno de ellos, el que estaba de cara al techo, el único que vio entrar a Raiban.

Lanzó un gemido.

El tipo fue a erguirse rápidamente.

Pero Raiban le hizo acostar más pronto aún.

De un culatazo le partió el cuello. No supo si le había matado o no. Para él, eso no tenía demasiada importancia una vez declarada la guerra.

De todos modos, los otros dos ya se habían despertado. Uno de ellos fue, en una especie de salto de tigre, a la mesilla donde tenía su «Luger», pero Raiban ya contaba con eso. Le «ayudó un poquito». El cuerpo que iba hacia la mesilla recibió el terrible empujón y fue

hacia la ventana, por la que salió despedido como un fardo.

Buen viaje.

Los cristales se hicieron añicos.

Veintinueve pisos más abajo estaban las losas de la calle.

—¡Plfaaaasssss!

Un golpe casi suave, como el de una calabaza que se abre.

Raiban ni parpadeó.

Sabía que docenas de ojos verían dentro de un minuto aquella piltrafa humana, pero que nadie se movería. Nadie llamaría a la *bofia*. Allí imperaba la ley del silencio, una ley del silencio entendida en términos absolutos y que nadie vulneraba, porque en la Calle 105 existen unas leyes que le son propias, y la mitad de esas leyes significan la muerte.

El otro fulano se estuvo quieto.

No quería que le enviaran también a un viaje de veintinueve pisos.

Sus ojos desencajados miraban los ojos inhumanos de Raiban.

Se dio cuenta de que éste *quería matar*.

Pero Raiban no disponía más que de una boca para que le cantase la canción de cuna, de modo que tenía que conservarla. No liquidó al pájaro. Mientras le clavaba materialmente el cañón de su revólver «Phyton» en uno de los ojos, susurró:

—Un informe y te quedas aquí, macho. Un silencio y vuelas también, macho.

—No saldrás... vivo de aquí —barbotó el otro.

—Puede, pero para entonces tú ya te habrás convertido en astronauta. De modo que empieza a elegir lo que más te convenga.

—¿Qué quieres... saber?

—Alguien hizo un trabajo.

—¿Dónde?

—En Washington, calle Ransome. Chica ahogada en su bañera. No la habían maltratado antes, pero en cambio se habían bebido casi una botella de *whisky*. Conozco ese modo de «trabajar».

—¿Quieres decir que...?

—Sí. Barber o Holmes. A uno le gustan a rabiar las chicas, pero el trabajo es lo primero. El otro es alérgico a las mujeres. Los dos aceptan contratos para liquidar señoras, y siempre las ahogan. Los dos actúan en esa zona. Los dos son borrachos. Quiero saber el

nombre. Uno de ellos lo hizo.

El fulano tembló.

Sabía que aquella delación le podía acarrear la muerte.

Pero si no hablaba, haría, en cambio, un viaje de veintinueve pisos con todos los gastos pagados.

—Yo hice de corredor para ese trabajo —confesó.

—¿Cuál fue tu comisión?

—Quinientos.

—Entonces estaba muy bien pagado...

—Seguro. Barber cobró cinco mil.

—De modo que fue Barber...

—Te lo juro.

—¿Quién era el magnate que hizo el encargo?

—No te lo diré.

Raiban sonrió.

Buen chico.

Buena ley la del silencio.

Lástima que a veces haya que cantar ópera.

Empujó al buitro hacia la ventana con el cañón del «Python». Por poco le vacía el ojo. El otro gemía roncamente mientras veía, veintinueve pisos más abajo, la calle de color ceniza donde ya estaba su amigo esperándole con los brazos abiertos. Y tan abiertos...

Raiban musitó:

—Buen viaje, macho. Ya me escribirás cuando llegues.

Y lo empujó hacia el abismo.

No le importaba arrojar aquel paquete de basura a las calles de Nueva York. Poco efecto haría uno más. Pero, en el último segundo, la boca de su víctima se abrió en un espasmo.

—Te lo diré, pero... ¡pero era sólo un intermediario!

—De todos modos dilo.

—Es Wallace. Tiene una agencia inmobiliaria en la Calle Cincuenta, esquina Cuarta Avenida.

—Entonces debe estar podrido de oro...

—Lo está. Y su negocio es honrado.

—Perfecto —dijo Raiban—. Avísale y morirás. Di una sola palabra acerca de lo que has visto y te partiré la cabeza entre los parachoques de dos «Cadillac». Y ahora puedes terminar de pasar la

noche bien.

Se llevó las dos pistolas que estaban sobre la mesilla, partió de un culatazo los dientes del tipo que acababa de hablar y se largó.

CAPÍTULO VIII

LISTO PARA MORIR

Barber.

Un buen muchacho donde los haya.

Simpático. Juguetón. Asesino. Borracho. Jugador. Invertido a ratos. Atropellador de lo que salga. Pero cosas sin importancia, claro. Algún defecto hay que tener, ¡qué demonios!

Lo malo es que hay gente que no sabe comprenderlo.

Y Raiban era de los que no lo comprendían del todo.

Fue a buscarle aquella misma noche.

No había que dejar tiempo para que le avisaran.

Amanecía.

El distrito del Bronx estaba bañado en una luz turbia. Había ratas, basura, borrachos, coches abandonados en las cuatro *manzanas del infierno* del distrito, donde tampoco la policía se atrevía a penetrar. Barber ganaba pasta larga y hubiera podido vivir en un sitio mucho mejor, pero le gustaba aquel ambiente. Allí se sentía seguro y a salvo de todo.

Pero no a salvo de los hombres como Raiban.

Raiban se coló en la zona, atravesando un cementerio de coches.

Cascó la cabeza de un fulano que vigilaba.

Dejó sin dentadura y sin otras cosas a otro que quiso cortarle el paso.

Pidió permiso a un tercero rompiéndole las costillas contra una baranda.

Y despertó dulcemente a Barber.

Éste tenía pasta fresca.

Morenaza la belleza que estaba con él.

Apenas veinte años de curvas potentes y sólidas.

Y encima buena chica, porque ni siquiera se enteró de lo que pasaba. Siguió durmiendo tranquilamente.

Raiban dijo tan solo:

—Adiós, macho. Siento no tener una bañera a mano para enseñarte a nadar.

Y le clavó la bala entre las cejas.

El modelo «Python» es un revólver con mala baba.

La cabeza de Barber pareció desintegrarse en la almohada.

Raiban ni pestañeó.

Dio un cachetito a la dormilona, mientras susurraba:

—Buena chica.

Y salió de allí.

Tenía que darse prisa.

Las agencias inmobiliarias abren temprano. Y él necesitaba hacer un buen negocio.

Tenía los ojos extrañamente helados cuando llegó allí.

El cruce de la Calle Cincuenta con la Cuarta.

El Nueva York de la gente bien. De la que paga sus impuestos. De la que no espera nada de la beneficencia pública. De la que vota por los partidos más conservadores del país. Y es lógico.

Allí no había cementerios de coches, ratas ni basura. En todo caso ratas humanas, pero ése era otro asunto. Para comprobarlo, Raiban se coló en la oficina de Wallace.

Por supuesto, había un guardián, pero tuvo que dejarle pasar al ver sus credenciales del servicio secreto. Raiban le advirtió amistosamente que iba a partirle la boca a culatazos si se le ocurría advertir a alguien de que él estaba allí.

Luego se coló en el despacho de Wallace.

Buena jaula para hacer negocios.

Y para ligarse con la secretaria.

Buenas vistas sobre el Manhattan limpio, sobre el agradable, sobre el que no huele a podrido todavía.

Y buena chica la que entró.

La cogió desprevenida. Creía que no había nadie. Lanzó un grito al ver a Raiban allí.

Éste ni siquiera miró la belleza de la muchacha.

Tendió su credencial.

—Espero a tu jefe, nena —dijo—. Supongo que eres la secretaria

privada.

—Lo... lo soy.

—Quiero saber dónde vive. Su nombre no está en la fruía de teléfonos. Sólo figura esta dirección.

—El señor Wallace tiene una casa en... en el condado de Meadow. Hay una hora en coche desde aquí.

—¿A qué hora llega?

—Sobre las diez.

—Entonces le pescaré antes de que salga. Pero como le avises de que voy, te va a pasar algo, muñeca. No se juega con los impuestos.

Y salió.

Pero antes dijo desde la puerta:

—Tienes el tipo que a mí me gusta. Te felicito.

Había dado a la secretaria una pista falsa. Por descontado que telefonaría a Wallace, pero le diría que era un inspector fiscal el que deseaba verle. Wallace no sospecharía la verdad y le esperaría en su casa. Con los inspectores fiscales uno nunca extrema las cosas y siempre pone cara de buen chico.

Raiban entró en una oficina de teléfonos. Consultó la guía del condado de Meadow. Y, en efecto, allí constaba el pájaro.

Alquiló en cinco minutos un coche, un magnífico «Cougar» de dos plazas y rodó a gran velocidad más allá de Queens, más allá del Kennedy Airport, más allá de los barrios para emigrantes y de los cruces de autopistas que llevan a las zonas residenciales del «gran Nueva York». Conducía con las facciones duramente encajadas, con los ojos terriblemente fijos en un mismo punto que parecía obsesionarle. Él no se daba cuenta, pero aquellos ojos habían adquirido la extraña forma oblonga de dos ataúdes.

Llegó al fin.

Excelente servicio el de Wallace.

Dos criaditas chinas, seguramente venidas de San Francisco. Menudas y alegres. Una alemanita de cien kilos, para compensar. Y una dulce doncella noruega cuyos ojos tenían la luz de los fiordos.

Todo eso en una casa de once habitaciones, dos jardines, garaje para seis coches y piscina olímpica.

Resultado: dinero. Pasta larga.

Conclusión: negocios de altura.

Axioma: Buenos clientes.

Raiban ya sabía más cosas de las que hubiera soñado saber pocas horas antes.

Se notaba que Wallace era soltero. Sólo las criaditas y él. Pero había que tener cuidado con la alemana de cien kilos.

Fue ella la que intentó cortarle el paso.

Y no era lógico que eso se hiciera con un inspector de impuestos.

Pero Raiban le aplicó una llave. La tumbó patas arriba. Se convenció de que estaba de primera. Le hizo cosquillas. Ella, que hasta entonces había vomitado palabras de odio, empezó a soltar grititos de placer.

Y fue entonces cuando Raiban la soltó.

Lástima no tener tiempo.

Se metió en el despacho de Wallace.

Menos mal que, como discípulo de Allan, había aprendido unas cuantas cosas, entre ellas a no meterse en los sitios a la buena de Dios. Porque si no llega a ladearse inmediatamente, con la velocidad de un reptil al atacar, la bala le deja seco. Wallace le envió dos pildorazos apenas se abrió la puerta.

Pudo haberle matado con cierta facilidad.

Pero al fulano le fallaba la puntería.

Y estaba asustado.

Era apenas una masa gelatinosa, temblorosa, que estaba pidiendo a gritos ser troceada en las máquinas de una salchichería.

Pero a Raiban no le interesaban los tipos así.

No se puede hablar con ellos.

Pierden los nervios enseguida.

Por eso le envió un pildorazo a su vez.

Trabajo concluido.

El cerebro de Wallace pareció quedar clavado en el diploma que había detrás de la mesa, y que acreditaba que se había graduado como abogado especialista en propiedad inmobiliaria en dos universidades: la de Washington y la de Beirut.

Los ojos de Raiban se entrecerraron.

Beirut.

De allí podía venir la pasta larga.

Entró en el despacho y miró los libros de correspondencia, los archivadores, las agendas, las fichas. Sabía que nadie iba a atreverse a llamar a la policía, porque Wallace había disparado primero. Las

dos balas estaban aún clavadas en la jamba derecha de la puerta, justo a la altura de la cabeza de Raiban.

Un examen somero de todo aquel papeleo, convenció a Raiban de una cosa elemental y además decisiva: Wallace sólo trabajaba para los árabes. A consecuencia de la riqueza acumulada por los nuevos precios del petróleo, ciertos hombres que antaño sólo poseían arena están ahora comprando fincas fabulosas en Estados Unidos, en Gran Bretaña, en la Costa Azul, en el Caribe... Por lo tanto necesitan agentes inmobiliarios. Gente experta como Wallace. Hombres dispuestos a servirles en todo, incluso en vez de comprar una finca se les ordena comprar un asesino.

Por lo menos éstos eran los pensamientos de Raiban.

Malos pensamientos, claro.

Pero aún los tuvo peores al ver entrar a la alemanaza.

Ella valía por todas las demás. Era impresionante. Asustaba a los blandos, a los timoratos; encima de su enorme humanidad hubiese tenido que poner un letrerito que dijera: «Sólo para los muy hombres».

Casi escupiendo las palabras dijo:

—Le odiaba. Me daba asco.

—¿No eras la favorita?

—No. Últimamente el tío estaba muy flojo. Se dedicaba a las chinitas, que abultan menos.

Y ella se sentó.

No dirigió ni una mirada al muerto.

Cruzó las piernas.

—No es lógico lo que ha sucedido —dijo quedamente Raiban, mientras miraba las maravillas que tenía delante—. Supongo que le han avisado desde su despacho, pero él tenía motivos para pensar que yo era un inspector de impuestos.

—Sí, claro que le han avisado. Su secretaria no se iba a jugar el puesto por un telefonazo de menos. Y él ha creído que eras, en efecto, un inspector fiscal, pero no estaba convencido del todo.

—¿Qué ha hecho entonces?

—Lo lógico: buscar protección por si algo no marchaba bien.

—¿Dónde ha buscado esa protección?

—Él conocía a algo así como un asesino profesional, un buitre que estuvo aquí hace muy poco.

—¿Barber?

—¿Cómo lo sabes?

Raiban dijo sombríamente:

—Yo siempre rezo por mis muertos.

Ella palideció.

—¿Qué clase de tipo eres? —bisbiseó.

—No te preocupes de eso. Sigue explicando.

—Bueno, pues llamó a Barber.

—Y le dijeron que estaba enseñando a jugar a la petanca a los angelitos, claro.

—Sí. Eso acabó de asustarle.

—¿Y qué más hizo?

—De momento me pidió que nadie entrara. Sabe que yo puedo frenar a un hombre.

—Tú me puedes frenar cuando quieras, pero con otro sistema, chata. La alemanaza sonrió.

Había dejado de ser una muralla. Volvía a ser una mujer.

—A continuación se puso a telefonar como un loco —siguió explicando ella—. Oí que pedía una conferencia con Bangkok.

—¿Con quién?

—Eso no pude oírlo.

Raiban supo que la opulenta hembra decía la verdad. Hizo un gesto afirmativo, descolgó el aparato y marcó el número de la central telefónica del condado de Meadow.

—Por favor —dijo—, soy el abonado Wallace, agente inmobiliario. Hace unos momentos me ha dado usted una conferencia con el señor Robinson, de Bangkok. Quiero conocer el importe exacto.

—Son veinticinco dólares, señor Wallace —dijo una voz amable al cabo de algunos instantes—, pero sufre usted un error en el nombre. Ha hablado con el señor Karl Hauser, en el hotel Indra Regent.

—Vaya... —suspiró el joven. Se ve que cada día me vuelvo más distraído. Perdona. Es que el señor Robinson es otro de mis clientes, pero aquí veo anotado que he de llamarle mañana, no hoy. Lo siento.

Y colgó.

Ahora ya sabía una montaña de cosas.

A Allan lo había liquidado en Bangkok un fulano alemán llamado Karl Hauser. Si no fuera alemán no llevaría esos apellidos.

El mismo Karl había dado orden de liquidar a su hija en los Estados Unidos.

Eso indicaba que se trataba de fanáticos, de gente dispuesta a llevar a los últimos extremos su venganza.

Para liquidar a Evelyn, necesitaba un asesino profesional.

Y había telefoneado a Wallace.

Wallace se lo había buscado.

Barber.

Ahora los dos estaban muertos.

Sólo Karl vivía. Tanto peor para él, porque a un muerto no puede pasarle ya nada. A un vivo, sí.

Pero los pensamientos de Raiban siguieron implacables.

Wallace trabajaba sólo para algunos millonarios árabes.

Karl Hauser no podía ser un millonario árabe.

En consecuencia, debía haber alguien por encima de él.

Quizá un jeque del petróleo.

Y se le podía encontrar en Bangkok. Hotel Indra Regent. Lo conocía como uno de los mejores del «París de Oriente».

Era un camino.

Raiban sonrió de una forma lejana, dañina, casi como sonreiría un perro de presa. Su expresión era perfectamente inhumana.

La alemanaza susurró:

—¿Es por mí?

—Puede ser —dijo amablemente Raiban—. Podemos ser buenos amigos si me enseñas en qué sitio está guardada toda la correspondencia que tu jefe haya podido sostener con un tal Karl Hauser, que vive en el hotel Indra Regent de Bangkok.

—No hay correspondencia con él. Lo llamó un par de veces por teléfono, pero hablaron en francés. El francés yo no lo entiendo.

Raiban hizo un gesto de asentimiento.

Sabía que ahora sus enemigos estaban en guardia.

Wallace había logrado avisar, antes de irse al otro barrio. Y seguramente había dado su descripción y su nombre, pues la secretaria de la Cuarta Avenida había visto las credenciales del servicio secreto.

Eso significaba que pronto llegarían los perros de presa también

contra él.

Mejor.

Así podría recibirles.

La alemanaza le miraba con ojos turbios. Pastosos. Unos ojos detrás de los cuales había cien kilos de curvas y cien kilos de secretos anhelos.

Raiban pensó: «Sólo para muy hombres».

Pero se dijo que «adelante».

Al fin y al cabo, de algo hay que morir.

CAPÍTULO IX

LAS VOCES DEL INFIERNO

Karl estacionó su magnífico «Mercedes» ante las puertas del hotel Asia y apartó de dos bruscos manotazos a los dos guías aficionados que se ofrecían para enseñarle los placeres secretos de la ciudad. Casi dio un puntapié a la puerta que el conserje le abría obsequiosamente. Y se plantó ante Muley Alcacem cuando éste aún no sabía lo que estaba ocurriendo.

Muley estaba hablando de los encantos turísticos de la ciudad.

Le acompañaba una deliciosa chiquilla thai.

Ella lanzó un gemido al ver entrar a Karl.

En los ojos de éste había algo helado, metálico, diabólico.

El alemán farfulló:

—Echa esa basura de aquí.

—Oye, perro... ¡más respeto!

—¡He dicho que echas a esa basura!

La «basura» no esperó a que la echaran. Se largó de allí sin más averiguaciones. Era mejor eso que esperar a que el buitre de los ojos helados le partiera las costillas.

Muley farfulló:

—¿A qué viene esto? Lo estaba pasando bien.

—Viene a que tienes que despertar de una vez.

—¿Qué cuerno pasa? ¿Ya qué viene tanta prisa?

—He hablado con Wallace.

—¿Quién es Wallace?

—Parece mentira que no lo recuerdes. Él es quien te está comprando todas tus propiedades en América.

Muley Alcacem hizo un gesto distraído.

—Ah, sí... Wallace... Buen chico.

—Era un buen chico.

—¿Qué tratas de decir?

—Seguro que la ha palmado.

—Pero...

—También la ha palmado el que mató a la hija de Allan. Y hasta el que hizo de intermediario para el negocio.

—¿Todo eso te lo ha contado Wallace?

—Antes de reventar él también.

—¿Eso significa que están sobre nuestra pista?

—¿Qué piensas que trato de decirte desde hace media hora?
¿Qué van a venir a cobrar el gas?

Muley Alcacem se estremeció.

—No es posible —dijo—. Nadie puede saber nada.

—El sistema como ha podido averiguar todo eso lo ignoro, pero sin duda se trata de un tipo que conoce muy bien los bajos fondos de Nueva York y Washington. Seguro que por el modo de matar a la hija de Allan encontró el hilo que le llevaría hasta el fondo del ovillo.

—¿Hablas de un hombre solo? ¿Quieres decir que solamente se trata de uno?

—Por ahora sí. Ésa es nuestra suerte.

—¿Un loco?

—Hace falta estarlo para tratar de luchar contra nosotros sin ayuda de nadie, pero el pájaro demuestra por ahora que sabe atizar picotazos. Ha hecho una escabechina en pocas horas. Y pertenece a la misma raza de Allan, es decir: mata antes de preguntar. O lo liquidamos antes de que sea tarde o llegará hasta aquí. Seguro...

El árabe balbució con un hilo de voz:

—Pero si conoces su nombre podemos...

—Claro que podemos. ¿Por qué piensas que estoy aquí? Se trata de un hombre llamado John Raiban, veinticinco años, agente especial del servicio secreto. Más o menos como Allan, pero más joven y quizá con más mala baba. Reside en Nueva York y todavía se encuentra allí. Eso lo sé seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—He llamado otra vez a la casa de Wallace. Había que jugarse el tipo. Si contestaba él, colgaba.

—¿Y quién ha contestado?

—Una de las sirvientas del muerto Una alemana llamada Sonia. También me he jugado el tipo con ella, pero hemos llegado a un acuerdo.

—¿De qué clase?

—Cien mil dólares. Hay que jugar fuerte.

—No me importa en absoluto los cien mil dólares —dijo Muley con expresión sombría—. En cuanto suba otra vez el precio el barril de petróleo, me los vendrán a regalar.

—Se los he ofrecido. Y ella sabe que pagará.

—¿Tiene que matar a Raiban?

—No. Ella no podría hacerlo. Debe entretenerle en Nueva York para darnos tiempo a actuar nosotros; eso es todo. Raiban piensa venir a Tailandia en el primer avión, pero existen sistemas para retrasar el vuelo unas horas. La chica sabrá cómo hacerlo. Por ejemplo ofreciéndose a irle a buscar los billetes y equivocándose de vuelo. O provocando un accidente con el coche si conduce ella. No es tan difícil. A mí me basta con un día para acabar con ese sucio perro.

Muley le contempló con admiración.

No cabía duda de que Karl era un fulano eficiente. Había hecho bien poniendo los asuntos en sus manos. No paraba.

—¿Y cómo conseguirás acabar con él? —preguntó, de todos modos—. ¿Hay en Nueva York gente lo bastante segura?

—No, no la hay. Muerto Wallace, no tengo modo de ponerme en contacto con la gente del Sindicato del Crimen, o sea con el mercado de los asesinos a sueldo. Podría lograr fácilmente un hampón de tercera categoría, eso sí, pero me serviría de bien poco. Raiban se metería los restos del asesino en la fiamblera para desayunárselos a la mañana siguiente.

—¿Tan... tan hijo de perra es?

—Me parece que es un hijo de perra de primera clase.

—¿Y a quién piensas enviar para matarle?

Karl sonrió sombríamente.

Jamás sus ojos habían sido tan helados, tan quietos e inhumanos como entonces.

—Tengo un asesino que no fallará —dijo—. Uno de los mejores tiradores de rifle que hay en el mundo. Y sólo necesita veinte horas para llegar a Nueva York.

Chascó dos dedos mientras avanzaba hacia la puerta y añadió:

—Por supuesto, que también resultará caro, pero vale la pena. Te va a costar como sesenta mujeres tailandesas.

Muley Alcacem se encogió de hombros mientras gruñía:

—Bueno... Sesenta tailandesas. ¿Y qué? Tampoco podría con todas...

CAPÍTULO X

MUERTE EN LA RUTA AL KENNEDY

Raiban comprobó el vuelo señalado en el pasaje aéreo, anotó mentalmente la hora, vio que la salida estaba «OK», es decir «Conforme», y sólo entonces clavó sus ojos en el rostro redondo y macizo de la alemanaza. Macizo como toda ella. La poderosa hembra se sonrojó ligeramente.

—Siento haberme equivocado ayer —musitó.

—El que me equivoqué fui yo —musitó Raiban.

—¿Por qué dices eso?

—Porque nunca confío en las mujeres, y en cambio confié en ti.

—Sólo quería ayudarte. Podías revisar con calma los archivos de Wallace mientras yo iba a buscar los billetes. Era por hacerle un favor.

—Pero te equivocaste.

—Un error lo tiene cualquiera, John. Pedí un vuelo que hacía muchas escalas y hubieras tardado en llegar a Bangkok dos días.

—Por supuesto. Ir a Tailandia dando la vuelta por Europa, Oriente Medio y la India representa casi la vuelta al mundo. Tenía que habérselo ocurrido que era mucho más razonable sobrevolar los Estados Unidos, siempre hacia Occidente, y luego cruzar el Pacífico.

—Lo siento, John. Creo que... bien, creo que tienes motivos para estar enfadado conmigo. No he sido más que una estúpida.

Él le dio un cachetito en su poderoso tren de aterrizaje mientras susurraba:

—Al contrario, has querido hacerme un favor. Y yo soy el primero en comprender que un error lo comete cualquiera.

Fue a subir al coche. No llevaba equipaje de ninguna clase, ni siquiera su revólver modelo «Phyton», pues sabía que se lo quitarían

en el registro previo a la subida al aparato. Tendría que procurarse armas cuando llegara a Bangkok, aunque daba por supuesto que eso no iba a ser tan difícil. Tampoco le había sido difícil explicar la muerte de Wallace (de las otras no había dicho una palabra) y pedir acto seguido unas vacaciones mientras se solucionaban los problemas legales. En esos casos el Servicio de Inteligencia, cuando uno de sus miembros ha matado a alguna persona importante, prefiere que se vaya lejos para evitar las indiscreciones periodísticas. La primera medida es quitar al fulano de en medio; luego se habla si hace falta.

La alemana susurró:

—Te acompañaré al Kennedy. El avión sale dentro de dos horas, de modo que tenemos el tiempo justo.

—De acuerdo, pero conduciré yo —dijo él con una sonrisa—. Ayer por poco metes el coche en un escaparate. Menos mal que pude sujetarte el volante a tiempo.

—Quizá es que estaba... muy cansada... —bisbiseó ella.

Y le miró significativamente.

Raiban musitó:

—Más cansado estoy yo, nena. Me parece que los pies que llevo dentro de los zapatos son los pies de otro.

Y metió primera. Vio el paisaje típico que conduce al Kennedy Airport.

El Lincoln Tunnel.

El paso bajo el Hudson. Queens.

Adiós Manhattan.

Ya estaban en la ruta hacia el aeropuerto Kennedy.

Pasaban por delante de los terrenos que habían sido de la exposición universal de 1964 cuando él metió la mano en la guantera del coche. El «Phyton» estaba allí. Sus seis recámaras cuidadosamente cargadas parecían acechar. En la boca de su cañón parecía brillar un silencioso mensaje.

—Guárdalo hasta que vuelva —dijo—. No puedo llevármelo.

—¿Cómo vas a conseguir armas en Bangkok?

—Imagino que será sencillo.

—¿Sencillo?

—Claro que sí. Allí estaban las bases de los

que bombardeaban Vietnam y que ahora van siendo desmanteladas. Cualquier soldado sin porvenir de los que hay allí me venderá su pistola, incluso una metralleta. Conseguir una máquina de matar me va a ser más fácil que conseguir aquí una pastilla de chicle.

Y tendió el arma a la opulenta valquiria sin dejar de vigilar la carretera.

Pero no podía vigilar nada más que ésta. No se puede tener ojos para todos los sitios a la vez.

Y la ruta que lleva al Kennedy está cruzada por varias autopistas y carreteras secundarias a distinto nivel. Cada uno de esos cruces significa un puente sobre el camino que lleva al Kennedy Airport.

Y en uno de esos puentes estaba parado un pequeño camión que simulaba tener una avería. Su conductor estaba situado en el techo, fingiendo ordenar la carga.

La alemana había comunicado a Bangkok el vuelo en que viajaría Raiban, la hora a la que necesitaban salir y la ruta que seguirían. Todo eso lo había hecho por cien mil dólares, así como las equivocaciones del día anterior, y que habían retrasado el viaje de Raiban durante veinticuatro horas. Pero, por increíble que parezca, en este caso había sido ingenua. No pensaba en un atentado, sino en un accidente. Puesto que no le habían dado orden de matar a Raiban (tampoco la hubiese aceptado) le parecía que no iba a matarlo nadie. Estaba perfectamente convencida, sin base razonable para ello, de que sólo se trataba de retrasar su viaje.

El hombre situado en lo alto del camión pensaba de otro modo.

Acababa de llegar de muy lejos.

Podía decirse que aún no se había quitado el sueño de las largas horas de vuelo, incluso viajando en primera clase como lo había hecho.

Pero su pulso no temblaría por eso. Había disparado en condiciones mucho peores, y sus disparos siempre habían resultado de una perfección increíble.

Miró la ruta.

Desde aquel punto la dominaba irreprochablemente.

Llevaba pocas horas en los Estados Unidos.

Y, para él, aquél era un mundo extraño y remoto, pues se trataba de la primera vez que ponía los pies en el país del Tío Sam. Pero ya le habían dado lo que necesitaba: un rifle de la marca

elegida por él mismo; una descripción exacta del coche contra el que tenía que tirar; un plano de la ruta; un camión de carga para que lo «averiase» en el lugar oportuno. Y un coche con un conductor, estacionado a muy poca distancia, para que pudiera huir. El camión sobre el cual él estaba, también contaba con otro hombre que era el que lo había conducido hasta allí, pues el tipo del rifle no tenía ni idea de las distintas rutas.

Los coches pasaban raudos por abajo.

Habría que acertar a la primera y en la cabeza del conductor, casi sin apuntar y disparando con la velocidad del rayo.

Pero un superclase como él podía hacerlo.

Claro que podía...

Volvió a consultar su reloj. El peligro estaba en la posible llegada de un agente de tráfico que metiera las narices allí, pero por el momento no llegaba ninguno. La avería le parecía normal a todo el mundo. Los coches se desviaban para sortear el camión pegado a la barandilla del puente.

Y de pronto lo vio.

Llegaba a buena velocidad.

Tenía que ser aquél. Coincidían el color, la matrícula, la marca, el modelo... Los ojos de halcón del tirador iban anotando todos esos datos mentalmente, con la perfección de una computadora. Sabía que no podía permitirse el lujo de cometer un error disparando contra otro coche. Tenía que ser precisamente contra «aquél»...

Se echó el rifle a la cara.

Dejó que actuara su instinto.

Apuntó hacia el puesto del conductor.

Quinientas yardas... cuatrocientas... trescientas... ¡FUEGO!

La bala atravesó limpiamente el parabrisas.

Puntería perfecta.

Muerte...

CAPÍTULO XI

UN BILLETE PARA EL MÁS ALLÁ

Raiban contempló en fracciones de segundo, con ojos desencajados, algo que no podía entender. Casi «vio» la bala que atravesaba limpiamente el parabrisas, produciendo en él un orificio redondo y dejándolo instantáneamente tan velado como un cristal opaco. Y también vio, pero con mucha mayor precisión, el chorro de sangre que brotaba de la frente de la alemana. El proyectil le había atravesado la cabeza por entero, saliendo despedido, ya sin fuerza, a través de la nuca.

Raiban no pudo evitar un gemido de horror.

Y eso que en este mundo lo había visto ya todo.

Pero no entendía de qué se trataba. Matarla a ella...

¿Por qué?

Detuvo el coche con un seco frenazo, pegándolo a la derecha. Dos que venían lanzados detrás estuvieron a punto de chocar con él, pero siguieron su camino. Raiban salió y se apoyó instantáneamente en el techo del vehículo, sujetando el «Phyton» con ambas manos.

Vio el camión arriba.

Y el hombre que se disponía a saltar al suelo.

No distinguió el rifle.

Pero poco importaba.

Tenía que haber sido él.

Siempre sujetando el arma con ambas manos, Raiban le envió un saludo. Y con uno tuvo bastante.

Él era infalible con el revólver. Jamás se le desviaba una bala.

Ésta tampoco.

El hombre que estaba arriba sintió un choque en la parte izquierda de la cabeza. Eso fue todo. No se dio ni cuenta de que el

proyector le penetraba en la sien de aquel lado y le salía por la sien opuesta. Quedó doblado en la barandilla del puente como un guiñapo.

El conductor del camión salió disparado.

No iba a quedarse allí a presidir los funerales, el muy puerco.

Pero Raiban envió otras dos balas, aunque éstas tuvo que dirigir las a las ruedas porque no veía al conductor. Las acertó de lleno y el camión dio un terrible bandazo. Segundos después se estrellaba contra un pequeño terraplén y empezaba a incendiarse. El conductor no tuvo tiempo de saltar.

Era una antorcha humana, cuando los primeros coches empezaron a detenerse.

Pero Raiban no se preocupó de él. Tenía otras cosas en qué pensar. Por ejemplo en aquel guiñapo que aún se movía rítmicamente sobre la barandilla, como una sucia bandera mecida por el viento.

Llegó hasta él y le dirigió una sola ojeada. En aquel momento un motorista de la Metropolitana se detenía también con un violento chirrido de frenos de su enorme «Harley Davidson».

Sacó el revólver.

Para él todos eran sospechosos. No le hubiera costado ni diez centavos vaciarle las dos cejas a Raiban.

Pero éste dijo con voz helada:

—Servicio secreto. Puede buscar mi credencial en el bolsillo superior de la americana. El motorista le clavó el revólver en el estómago.

—No se mueva.

—Oiga, no apriete así, que voy a coger una úlcera...

—¿Ha disparado usted?

—Sí.

—¿Y dice que lleva la credencial en ese bolsillo?

—¿Por qué no lo mira de una vez, en lugar de preguntar tanto?

El otro se decidió al fin. No se fiaba, pero usó la mano izquierda mientras con la derecha seguía barrenando el estómago de Raiban. Al fin tuvo que convencerse de que decía la verdad.

—Tendrá que cumplir unos trámites —dijo—. Cuestión de dos horas.

—No puedo perderlas, amigo.

—Lo siento. Hasta el Servicio Secreto está sujeto a las leyes de los Estados Unidos.

Raiban suspiró con cansancio. Era verdad, y además, bien mirado, tampoco importaba ya demasiado perder aquel avión. Podía permitirse ese lujo. No necesitaba ir a Tailandia directamente. Mejor dar la vuelta por otro sitio.

—Necesitaré ver la documentación del muerto —dijo.

El motorista le dirigió una ojeada también.

—Por supuesto. —Gruñó—. Es un chino. Pero cualquiera sabe de dónde...

Raiban apretó los labios.

—De Hong Kong —musitó.

—¿Cómo lo sabe?

—Era un tirador infalible.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Ha apuntado en cuestión de segundos, casi sin mirar. Tenía que matar al conductor y lo ha hecho. Pero yo apostaría a que ese hombre nunca había salido de Hong Kong y que ni siquiera llevaba ocho horas en los Estados Unidos.

—¿Por qué lo dice? ¿Por qué deduce eso?

—Porque él dejó actuar a su instinto, y su instinto e engañó. En Hong Kong, como en Gran Bretaña, se conduce por la izquierda. Eso significa que los volantes de los coches están a la derecha, al contrario que en los Estados Unidos. Él apuntó hacia el sitio que había apuntado siempre, en sus otros crímenes. Debía ser un especialista en esta clase de trabajos, pero no pensó que el conductor estaría en el asiento opuesto, es decir a la izquierda. Nadie se había molestado en darle esa explicación, porque no cayeron en el detalle, ni él se había acostumbrado tampoco a la nueva situación. En los tiros a gran velocidad se tiene que dejar actuar al instinto, y en ese caso el instinto le hizo apuntar a la derecha del automóvil. Lo siento por la chica.

Y añadió sin querer mirarla:

—Estaba estupenda. Dudo que en Hong Kong encuentre otra tan succulenta...

CAPÍTULO XII

EL COMPASIVO DOCTOR JOVELOY

La voz era suave, amable.

Muy distinta de las otras.

Era una voz queda y dulce que devolvía la fe en la vida, era una de esas voces, en las que una persona sabe que se puede creer.

Atravesaba las tinieblas.

Llegaba a los oídos de la muchacha thai como un bálsamo.

¡Y los oídos eran ya lo único que tenía!

—Todos aquellos salvajes se han ido —explicó la voz—. No comprendo lo que le ha sucedido, pero a partir de este momento puede estar tranquila. Pertenezco a la policía tailandesa. ¿Puede darme su nombre?

Ella gimió desesperadamente.

De su garganta destrozada apenas surgió un grito perruno.

No veía nada.

¡Sus ojos estaban abrasados!

No podía hablar.

¡Sus cuerdas vocales habían sido cortadas!

Sólo existía la voz del exterior, aquella voz y la esperanza que significaba. La muchacha intentó levantarse de la cama y se desplomó. Unas manos solícitas acudieron en su ayuda.

—Diga, ¿no puede hablar?

Ella negó desesperadamente con la cabeza.

—¿Puede verme?

Nueva y desesperada negativa.

—¿Se llama Nagoda?

Ahora ella afirmó mientras su garganta se rompía aún más en un desesperado sollozo que sin embargo no llegó al aire.

—Venga. La llevaré al hospital.

Ella vaciló.

En efecto, no la engañaban.

Se oían fuera otras voces. Y los bocinazos de los coches, lo cual indicaba que la puerta de la casa estaba abierta. Y hasta las palabras compasivas de una mujer que decía: «¡Pobre muchacha! ¡Pues aquí no la había visto yo nunca!».

—Apóyese en mí.

Salió vacilando. Se oían murmullos en la calle, pero al fin y al cabo aquello era la libertad. Era la salvación era la vida. Al fin la habían descubierto, después de tres interminables días. Iban a ayudarle, iban a curarla tal vez. Permitirían que sus pobres ojos abrasados pudieran ver de nuevo.

—Por aquí...

Era una ambulancia.

Ella se dejó caer en la camilla. Sonó la sirena. Pero por encima de ésta llegaban los mil sonidos familiares los mil rumores de las calles de Bangkok que ella tan perfectamente conocía.

La ayudaban de verdad.

¡Iban a salvarla...!

Por el rumor de las lanchas motoras que atravesaban un puente. Luego un soplo de aire fresco le indicó que las puertas de la ambulancia habían sido abiertas Sacaron la camilla en que había estado tendida.

—Por aquí. Vamos... Por aquí...

No cabía duda de que era un hospital. Se captaba el leve rumor de las ruedas de goma de la camilla a avanzar por los pasillos interminables. Pronto la introdujeron en una sala donde, por el contrario, sólo imperaba el silencio.

—Es suya, doctor Joveloy.

Ya estaba ante el médico. Nagoda supo que al fin había llegado su salvación. Con las manos unidas en una silenciosa plegaria, se puso a rezar.

El doctor Joveloy hablaba en un lento inglés, y sin duda debía ser un hombre ya maduro, a juzgar por su acento un poco cansado. Puso sobre los párpados de la muchacha unas manos muy reconfortantes, unos largos dedos que, sin saberse por qué, daban la sensación de ir a curar. Más que las de un médico, parecían las de

un brujo. Otra voz que hablaba el inglés con acento thai dijo entonces:

—Usted es el especialista, doctor Joveloy. Denunciaron este caso ayer y fuimos a ver a la chica, pero estaba cloroformizada. No nos pareció entonces sacarla de allí. Preferimos esperar unas horas y montar un servicio de vigilancia por si volvían los hijos de perra que la habían tratado de ese modo.

—¿Cómo fue esa denuncia? —preguntó la voz del doctor Joveloy—. ¿Anónima?

—Sí. Una llamada telefónica.

—¿Y no tienen ninguna pista?

—No. Nosotros, los miembros de la policía de Bangkok, no sabemos nada, excepto que esta muchacha ha caído en manos de unos sádicos. La casa había sido alquilada por personas que exhibieron documentos falsos y que, al parecer, llegaron en un lujoso coche. No sabemos nada más, pero lo importante es que ahora Pagoda puede ser atendida. ¿Cree que conseguirá devolverle la vista?

—No lo sé. Necesito hacerle un examen muy atento.

—¡Qué gran casualidad el que usted hubiera pedido permiso de entrada en Tailandia justamente ahora, doctor Joveloy! Un gran especialista en quemaduras de los ojos quiere visitarnos justamente cuando los médicos de Bangkok no saben de qué modo resolver este caso. Sí... Puede decirse que esta muchacha, después de todo, está de suerte.

—¿Es que no me hubieran dejado entrar si no llega a producirse esto? —preguntó la voz del médico.

—No. ¿Para qué vamos a engañarle? Hace años fue expulsado del país por supuestas actividades terroristas. Y no queremos sospechosos de terrorismo en esta tierra que es la tierra de la paz, doctor Joveloy. No se ofenda, pero su permiso de residencia aquí va a ser un permiso por tiempo muy limitado.

—De acuerdo: no me ofendo por eso. Naturalmente que cuidaré de la chica, puesto que ella es lo único que me importa, ahora. Antes de veinticuatro horas habré establecido un diagnóstico definitivo.

Y le dejaron a solas con ella.

La muchacha incluso logró sonreír.

La esperanza es la facultad más maravillosa que tenemos los seres humanos.

La fuerza suprema que nos hace vivir.

Sin ella, nos habríamos convertido en nuestros propios gusanos. Nos ahogaríamos en nuestro dolor sin salida. Viviríamos tan sólo un pasado que ya no existe y un presente hecho de miseria.

Como el presente hecho de miseria en que estaba hundida Nagoda.

Pero ella tenía esa fuerza superior que ayuda a superarlo todo. Ella tenía esperanza.

Notó otra vez las manos del brujo en sus párpados.

Las manos compasivas, las manos que ayudaban.

Aquellos dedos en que estaba la vida.

Y el pinchazo terrible, lacerante, monstruoso llegó entonces hasta el fondo de su cerebro. La aguja penetró como un dardo en el fondo de sus pupilas. Un aullido que hubiera atravesado las paredes, que hubiera llegado fuera de los límites del hospital, que hubiese hecho estremecer a todos brotó de la garganta de la pobre víctima.

¡Le estaban atravesando los ojos con una aguja!

Pero aquel aullido no brotó. La habitación en que estaba a solas con Joveloy se mantuvo en aquel silencio augusto y casi monstruoso. Las cuerdas vocales rotas fueron incapaces de emitir el menor sonido. Como en las salas de vivisección de los animales, la muchacha tuvo que quedar hundida en su propio silencio, en su propia desesperación, en su propia muerte.

Resonó la risita ácida del doctor Joveloy.

Pero ella, en el fondo de su terrible desesperación, en el fondo de su terrible dolor, ni siquiera llegó a escucharla.

CAPÍTULO XIII

EL CEMENTERIO FASCINANTE

El aeropuerto de Hong Kong está en un extremo de la península de Kowloon, es decir en el continente asiático, frente a la isla Victoria, que fue la primera zona dominada por los ingleses en 1862. Como en el de Copenhague, se trata de un aeropuerto cuyos terrenos han sido ganados al mar lo que permite a los aviones maniobrar bien lejos de las temidas montañas. Pero, sin embargo, para llegar a esa pista al nivel del mar, los aviones tienen que sobrevolar las casas de Kowloon a tan poca altura que a cada momento se tiene la sensación de que una de las alas va a entrar por la ventana de alguna cocina. Una sensación semejante sólo se tiene en otro aeropuerto del mundo: el de Tempelhof, en Berlín occidental. Tempelhof estaba antes aislado del casco urbano, pero ahora está materialmente dentro de él. Para llegar a sus pistas hay que cruzar junto a ventanas en las que se distinguen las caras de los habitantes y sobre patios vecinales en los que casi se oyen los gritos de los niños.

Raiban había volado sobre Copenhague, sobre Berlín Oeste, sobre casi todos los aeropuertos del mundo, Pero éste, el de Hong Kong, le fascinó. Le fascinó la frontera isla Victoria con sus rascacielos que la hacían parecida. —Espectáculo único—, a la bahía de Río de Janeiro. Le impresionaron los Nuevos Territorios, verdes y desnudos, como montañas agazapadas bajo una amenaza. Le impresionó sobre todo la proximidad de la inmensa China, del país del futuro, de la irresistible potencia dotada de ochocientos millones de seres listos, prudentes, trabajadores y sufridos. Raiban sabía que estaba volando en estos momentos sobre uno de los goznes de las puertas del destino, sobre uno de los puntos en que ha

de jugarse el futuro del mundo.

Pero no había venido para eso.

Tenía que pensar únicamente en otras cosas.

Especialmente en una de ellas.

En la muerte.

Las ruedas del

«DC-8»

en que había hecho la última etapa desde Manila se posaron en la pista. Ya estaba en Hong Kong. Raiban no lo conocía, pero contaba con la ayuda de uno de los agentes especiales destacados en la ciudad; él le llevaría hasta el agujero donde estaba la fiera. Después, la fiera y él se verían las caras y se destrozarían con los dientes.

Tras los lentos trámites de la Aduana, en un atiborrado edificio donde se movían gentes de todas las razas del mundo, Raiban pudo tomar un taxi y le dio la dirección de Waterloo Road... Ignoraba en aquel momento que era quizá el único barrio residencial de Kowloon, un barrio donde los alquileres de las casas alcanzan los mil dólares al mes, casi sesenta mil pesetas, al igual que los edificios que dominan la perspectiva desde las fascinantes alturas de la isla Victoria.

Pasó por Nathan Road, con sus miles y miles de comercios animados, repletos, deslumbrantes. Pasó por Market Street, dónde está el famoso «mercado de los ladrones», lugar donde uno puede encontrar todos los objetos robados imaginables y por imaginar. Pasó por delante de colmenas humanas únicas en el mundo, gigantescos bloques con miles de habitaciones de diez metros cuadrados cada una, diez metros en los que tenía que hacinarse toda una familia china: los respetables abuelos, los padres aún en edad de procrear, los niños cuyos ojos asombrados se abrían a la vida. Diez metros patéticos de literas, de cocina, de mesa de comedor, de retrete, de lavadero para la ropa, de tendedero de antena de televisión y de rincón para morir cuando llegue la santa hora. Había que ser chino para vivir así y encima pensar que la vida es hermosa; para mantener la esperanza; para creer que el sistema de la libre competencia y del capitalismo despiadado es todavía el mejor sistema del mundo; para animarse a tener aún más hijos que poblaran aquellas inhumanas colmenas.

Un poco más allá estaba la gigantesca China de Mao, la

misteriosa, pero Raiban no pensaba ya en eso. Estaba llegando a Waterloo Road, una calle casi inglesa, con sus chalets aislados y sus escuelas amplias y soleadas para niños rubios. Aquél era otro mundo, el mundo de los occidentales ricos que aún conocen la dulzura de vivir.

Se detuvo ante el número indicado.

Y sus ojos se dilataron con asombro, aunque hizo esfuerzos por no demostrarlo.

Una puerta entornada.

Un gigantesco chófer uniformado en la puerta.

El chófer respetuoso y solemne que tendría un lord inglés.

Raiban pagó el taxi.

Se aproximó con una sonrisa.

Jardín frondoso.

Arboles que les ocultaban.

Un saludo amable.

Un guantazo capaz de tumbar a un buey.

El chófer de lord inglés lo recibió tan de lleno que sus pies se separaron del suelo. Y eso que el pajarito pesaba más de cien kilos. Raiban le proyectó entonces la rodilla al bajo vientre, antes de que se recuperara. Fue un saludo amable, un saludo de los que le hacen recordar a uno para toda la eternidad. La mano que ya sujetaba el revólver «Magnum» se detuvo en el aire, estremecida de dolor.

Raiban le conectó entonces un punterazo en el cuello.

Fue un golpe mortal.

Y él lo sabía.

Pero se la tenía jugada a Logan desde que lo estuvo persiguiendo en los muelles de Nueva York, cuando Logan estaba acusado de asesinar a una niña. Era la primera vez que lo veía después de dos años de haber perdido su pista, y encima vestido de chófer de lujo en una calle de lujo de Hong Kong.

Pero ya no volvería a encontrarlo más.

Los muertos tienen la buena costumbre de quedarse quietos en el fondo de la fosa, mientras no se les vaya a cobrar el alquiler, no molestan.

Raiban se apoderó del «Magnum» con silenciador.

Buen cacharro para empezar. Al menos ahora ya tenía un arma. Pero su pensamiento se disparó mientras corría frenéticamente, en

zigzag, hacia la puerta.

La presencia de Logan allí, un asesino a sueldo al fin y al cabo, indicaba tres cosas: primera, que los enemigos de Raiban estaban sobre su pista; segunda, que le esperaban allí porque sabían que era el único sitio de Hong Kong al que podía dirigirse; tercera, que su enlace en la ciudad china, el coronel Patterson, agente del servicio secreto yanqui, la había diseñado santamente para que no pudiera avisar a Raiban cuando éste llegara.

Por lo tanto los esbirros aún tenían que estar allí.

Raiban se pegó a la puerta.

Ahora ya no había que andarse con disimulos, ya no había que vacilar ni una fracción de segundo. La guerra estaba declarada y había que pensar solamente en ella. Raiban apuntó con el «Magnum».

Dos hombres dentro.

Dos tipos de facciones amables, dispuestos siempre a hacer un favor, dispuestos a pagarle a uno el viaje más largo y encima a darle una palmadita en la espalda.

Dos cabezas casi cuadradas.

Dos balas.

Extrañamente, las cabezas se volvieron redondas del todo.

Los proyectiles blindados del «Magnum» las habían hecho estallar.

Era la primera vez que Raiban mataba a alguien sin avisar, surgiendo de las sombras, aunque sus enemigos habían tenido tiempo de verle. Pasó sobre sus cadáveres y miró la habitación del fondo. Los esbirros no habían registrado nada porque no estaban allí para registrar, sino para matar. El cuerpo del coronel Patterson yacía sobre la alfombra persa, con la cabeza deshecha a causa de tres balazos. Habían sido con él lo bastante cariñosos como para no darle a entender que reventaba: lo habían liquidado por la espalda.

Los ojos desolados de Raiban pasaron por encima de los muebles, de los cuadros, de las botellas de buenas marcas que estaban sobre la bandeja de plata. Aquello era como para ponerse a lanzar gritos de rabia.

Ya no tenía enlace en Hong Kong, lo cual indicaba que debería entendérselas a solas con los mil vericuetos de una ciudad desconocida. Aunque él estaba vivo. —Lo que no era poca cosa,

desde luego—, su misión podía considerarse fracasada. Nadie consigue averiguar nada en una ciudad de la que se ignoraba incluso el nombre de las calles.

Unas gotitas de sudor frío aparecieron en las facciones de Raiban.

Bruscamente lo vio todo perdido. Se dio cuenta de que había perdido el tiempo, de que había fracasado lamentablemente siguiendo una pista que jamás debió seguir: la pista del hombre que había tratado de matarle en el camino hacia el aeropuerto Kennedy. Una pista que llevaba hasta Hong Kong, y hasta este enclave de Waterloo Road. Pero ahora, ¿qué?

Los ojos se detuvieron entonces en la mano derecha del muerto. El coronel Patterson tenía el índice tendido, señalaba inequívocamente a algún sitio, porque incluso en el momento de recibir los balazos por la espalda había tenido tiempo de hacer un movimiento reflejo. Y ese movimiento, en un hombre tan entrenado como él, en un agente tan súper especializado, tenía que significar alguna cosa.

Raiban siguió la dirección de aquel dedo y vio lo que indicaba: señalaba de una forma directa una guía de Hong Kong.

Bueno, nada de especial.

Hay miles de ellas.

Las edita la Oficina de Turismo y tienen unas tapas azules, con anuncios de todas clases. Anuncios de lugares muy respetables, como las tiendas de antigüedades. Muy confortables, como los grandes hoteles que van desde el Excelsior al Mandarín, pasando por el Furama y el Península o el Sheraton. Muy indigestos, como los restaurantes tipo *snack*, donde se sirven escogidas carnes de serpiente. O muy divertidos, como los clubs de noche.

Raiban revisó la guía.

Hoja por hoja.

Su mirada, que parecía provista de radar, buscaba la pista que sin duda estaba oculta entre las páginas de aquel libro. Y al final la encontró con más facilidad de la que esperaba. Era un nombre recuadrado en rojo: «Nimbus Club». Y el rostro de una chica también señalado con un trazo del mismo color: «Salima».

Raiban la contempló admirativamente, a pesar de que sólo le podía ver la cara.

Pero aquella cara decía muchas cosas: hablaba de salud, de fuerza, de juventud, de energía. Hablaba de alegría de vivir. De curvas poderosas. Hablaba de lo que todos los hombres deseamos desde que un día nos dimos cuenta de que existen los sexos.

Salima.

Bueno, a por ella.

Otro taxi le condujo a la dirección del Nimbus. Hay muchos taxis en Hong Kong: se encuentran en cualquier esquina, y además son baratos, pero los de Kowloon raramente llevan a la isla Victoria, a pesar del túnel bajo el mar, y los de la isla Victoria raramente llevan a Kowloon. Raiban hubo de pagar una fuerte prima porque el sitio que buscaba estaba cerca de Repulse Bay, a dos pasos del puerto de pescadores de Aberdeen, en el extremo de la isla Victoria, que mira al océano Pacífico, es decir la punta opuesta de Hong Kong.

Sus ojos se clavaron en las quietas aguas de Repulse Bay, lugar así llamado porque allí, en 1862, fondeó el *Repulse*, primer buque de guerra inglés que tomó posesión de la mágica isla.

Se clavaron en Aberdeen.

Tipismo y miseria.

Miles de barcas que se pudren lentamente en las aguas ya podridas.

La misma barca para nacer, para vivir, para morir.

La barca-cuna, la barca-hogar, la barca-ataúd.

El olor fétido que llenaba el aire, las calles con sus mercadillos al aire libre, los miles de ojos quietos y ciar vados en el vacío donde no existían las horas, donde no tenía sentido el tiempo. La misteriosa magia de Oriente, la luz de Oriente, la maravillosa basura de Oriente. Raiban casi se olvidaba de que había venido allí para matar o para morir, a desentrañar algo que tenía raíces en Nueva York, en Bangkok, en Washington, en... ¡en Dios sabía dónde! Pero algo tan importante que sin duda explicaba docenas de muertes.

Bueno, allí estaba.

Nimbus Club.

En Hong Kong es posible alquilar acompañantes femeninas, especie de azafatas que muestran la ciudad. Ello también ocurre en Copenhague o en Ámsterdam, pero en Hong Kong están instaladas

como una verdadera industria. La guía muestra sus fotos, sus nombres y su número de teléfono. Basta llamarlas y ellas acuden. Lo demás es asunto del hombre, de la mujer y a veces del destino.

Una china vestida a la antigua usanza, una china que parecía arrancada de una página de Pearl S. Buck acudió a la llamada de Raiban. Sus ojos eran crueles, pequeños y astutos.

—¿Salima? Son cuarenta y cinco dólares Hong Kong la hora, es decir, nueve dólares americanos. Por cada hora que ella le acompañe a través de la ciudad, usted deberá pagar esa suma en el buen entendido de que eso no le da derecho a nada, excepto a sus consejos y su compañía. Y además no debe intentar nada con Salima. Ella es honrada, ¿sabe? Y hasta aburrida. Le aconsejo que se dedique a otra.

Raiban musitó:

—Quiero a Salima para todo el día de hoy.

—Perfecto, allá usted. Pague de momento diez horas, es decir cuatrocientos cincuenta pavos Hong Kong. No sé si será usted muy rico, amigo, pero para ver una chica guapa es demasiado precio. Busque otra.

No cabía duda de que la dueña odiaba a Salima porque Salima no dejaba a los clientes satisfechos, a pesar de su belleza. Pero Raiban insistió:

—La quiero a ella.

Y pagó.

—Habitación doce.

Raiban entró sin llamar. La sombra del coronel Patterson estaba tras él y parecía empujarle. No le había dado aquella indicación por puro azar. En la muchacha que estaba dentro de la habitación tenía que encontrar algo.

Y a primera vista comprendió que podía encontrar muchas cosas. Como por ejemplo las piernas largas y envueltas en seda; los labios rojos y golosos; los hombros cuadrados y de una singular fortaleza que sin embargo era armoniosa; la garganta hecha para ser besada; la cintura hecha para que unas manos ansiosas la estrujasen.

Ella se volvió.

Sus ojos helados se clavaron en él.

Y Raiban la clasificó enseguida. «Chica difícil. Pero cuando se

enamore... ¡qué mujer, macho!».

Él no esperó a que la chica preguntara.

Dijo solamente:

—Patterson.

—¿Qué pasa con él?

Raiban mostró su credencial. Cuanto menos tiempo perdiera en explicaciones, mejor. Luego añadió con voz opaca:

—Muerto.

Los ojos de Salima se nublaron; en sus labios hubo un estremecimiento. Con voz que era apenas un susurro, preguntó:

—¿Cuándo?

—Hace apenas una hora.

—¿Y sus asesinos?

Raiban torció los labios.

—Descansan en paz.

La muchacha fue hacia un mueble bar donde había varias botellas. Alzó una y bebió a chorro una ración de tequila capaz de tumbar a un caballo. Luego se apoyó en la pared. Había en sus ojos algo desconocido, algo hiriente, algo salvaje. Bebió de nuevo y aquella luz desesperada se fue extinguendo poco a poco.

Raiban lo comprendió entonces.

Y fue como una punzada que le llegaba al fondo del pecho.

—¿Tu padre? —musitó.

—Sí.

—Lo... lo siento.

—Es inútil sentirlo ahora. Es inútil todo. Él sabía que con este trabajo, y de una forma u otra, no tardaría en morir.

—¿Tú le ayudabas?

La muchacha bebió de nuevo.

Se tambaleó.

Y es que hacen falta muchos buenos tragos de la botella para eliminar un solo mal trago de la vida. Los ojos de Salima se habían vuelto borrosos. Ella, educada en las mejores universidades norteamericanas, entrenada en los mejores gimnasios y conociendo sin embargo la moral de los peores tugurios, se había convertido en una especie de piltrafa humana a punto de derrumbarse. Raiban sintió una súbita, una violenta, una casi insoportable compasión.

—Dime, ¿le ayudabas? —insistió.

—Sí.

—Supongo que este trabajo debe ser una plataforma de observación fascinante. Que desde aquí se conoce a todo el mundo.

—Sí. Y por eso lo hago.

La muchacha se iba serenando. Estaba dispuesta a vengar a su padre más allá de los muertos dejados en su camino por Raiban. Estaba dispuesta a llegar hasta el fin.

—Supongo que necesitas ayuda en Hong Kong —musitó.

—Por eso venía a ver a tu padre. Él era el enlace aquí de los hombres del Servicio Secreto.

—¿Por qué le han matado?

—Porque querían matarme a mí.

Salima clavó en él unos ojos pequeños, duros, odiosos. Sin duda le detestó durante algunos segundos, más allá de toda repulsión humana, por haber sido la causa indirecta de la muerte del único hombre a quien quería. Pero enseguida aquella expresión se fue borrando. Salima conocía lo bastante de las entrañas de aquel mundo repugnante, el mundo del Servicio Secreto, para saber que allí lo único que importaba era la lealtad. Y que nadie era responsable de la muerte de nadie.

—Te ayudaré —dijo—, pero para eso tienes que *explicarme* lo que te ha traído aquí. Todo, absolutamente todo, desde el principio.

Y se sentó en una butaca a escuchar. Le exhibía sus encantos, pero la verdad era que Raiban ni siquiera se fijaba en eso. Para Raiban no existía la vida, sino la muerte. Era como un fantasma que hubiera dejado ya atrás las emociones de un ser humano. Muy atrás.

—No voy a ocultarte nada —susurró.

Y explicó lo que sabía, desde el principio. La muerte de la hija de Allan le había puesto en el camino de algo que no entendía. Luego habían sido las otras muertes, habían sido las pistas que llevaban en una sola dirección: Bangkok. Excepto la última, la del chino muerto en Nueva York, que llevaba a Hong Kong. Y ésa era la pista que él había seguido.

Salima le escuchaba en silencio.

No cabía duda de que lo interpretaba todo bien. Al fin y al cabo se trataba de una mujer «del oficio».

—Tú has reaccionado ante la casa de mi padre porque has

reconocido al tipo que te esperaba disfrazado de chófer, ¿no?

—Exacto. Conocía a aquel perro rabioso demasiado bien. Y tengo la santa costumbre de «saludar» a mis viejos amigos.

—Has matado ya a muchos hombres, Raiban.

—Y me temo que esto es sólo el principio.

—¿Sabes qué pienso del hombre al que liquidaste en Nueva York? ¿El del rifle que apuntó a la derecha del automóvil? Pues que era simplemente un asesino a sueldo. Buscaron a un tipo que les pareció infalible, porque necesitaban ir sobre seguro, y al mismo tiempo lo buscaron bien lejos, siguiendo la vieja técnica del Sindicato del Crimen: el asesino no tiene que haber visto nunca a su víctima. Pero yo te diré enseguida para qué clase de gente trabajaba ese hombre.

Raiban mostró todo el historial sacado de la sala de autopsias del Hospital Bellevue de Nueva York: fotos *post mortem*, huellas necro-dactilares, filiación, análisis de las ropas, documentación, dentadura, dinero, todo... Era como si la muchacha tuviera el muerto delante y pudiera analizarlo.

—¿Lo conocías? —susurró.

—Por supuesto que sí.

—¿Asesino a sueldo?

—Ya te he dicho que lo sospechaba desde el principio.

—¿Para quién solía trabajar?

—Últimamente actuaba en diversos lugares del mundo y para gente que le pagaba bien. Muy bien.

—¿Qué gente?

—Árabes.

—¿Príncipes del petróleo?

—Sí.

—¿Le contrataban para liquidar a enemigos de los que no deseaban quedase huella?

—Estás leyendo mi pensamiento Raiban.

—¿Por lo tanto es más que posible que detrás de todo esto se encuentre algún multimillonario del petróleo?

—Claro que es más que posible.

—Una huella, una pista traía a Hong Kong —murmuró Raiban—, pero las otras llevan a Bangkok. Allí fue donde murió Allan. ¿Tú puedes imaginar qué se está preparando allí? Hong Kong es un

lugar de observación inmejorable para todo Oriente. ¿Qué noticias tienes?

Salima reflexionó un momento. Sus ojos reflejaban una dura e intensa concentración. Además de una mujer hermosa, no cabía duda de que era también una mujer inteligente y hasta astuta, una mujer que tenía acceso a todas las fuentes de información de una de las encrucijadas más importantes del mundo. Los recuerdos, los datos, debieron ir alineándose en su mente como en un ordenador. Al fin musitó:

—Se prepara una reunión en Bangkok. Casi te diría que es inminente. Algunos periodistas saben algo, pero sin demasiados detalles. Parece que es una conferencia de paz sobre Oriente Medio.

—¿Y por qué en Bangkok?

—Porque Tailandia es un país al que todo el mundo reconoce ahora una encantadora neutralidad, a pesar de las bases de los «B-52»

que bombardeaban Vietnam y que ahora están siendo desmantelados. Además, tiene otra ventaja, que es la de estar situada muy lejos del lugar de los hechos, del escenario del conflicto. Aquí las partes interesadas pueden hablar con más calma y sin estar sometidas a pasiones.

—¿Quiénes son las partes interesadas?

—Por lo que yo sé —continuó la muchacha—, una serie de árabes de buena voluntad, especialmente jordanos, y una fuerte comisión judía. Las conclusiones a que lleguen pueden ser aprobadas fácilmente por los respectivos Gobiernos.

—¿Lo que podría iniciar una época de paz en Oriente Medio?

—Por supuesto.

—¿Y una distensión mundial?

—¿Quién lo duda? —susurró Salima.

Raiban apuntó:

—¿Y una disminución de la importancia del petróleo como medio de presión de los árabes?

—Eso es... natural.

—¿Lo que podría provocar una mayor libertad de comercio y una detención en la subida de los precios?

—Sigues adivinando mi pensamiento, Raiban.

—Supongo —dijo él—, que eso irritará hasta el tope a

determinados señores que esperan seguir subiendo los precios indefinidamente. Bajar ya no bajarán, porque a inflación mundial es demasiado irresistible ya, y porque otras compañías, por ejemplo venezolanas, también están interesadas en que los precios se mantengan porque sus beneficios se multiplican por diez. Pero el solo hecho de que los precios no suban, ya es bastante. Supongo que eso puede hacer que algún millonario fanático pierda la cabeza.

—¿Fanático del dinero, quieres decir?

—No sólo eso. Fanático también de la que ellos llaman «guerra santa». La lucha contra Israel mantiene quietos y fanatizados a los millones y millones de árabes que no tienen un mendrugo de pan que llevarse a la boca y que aún siguen creyendo que el enemigo es Israel, cuando en realidad el enemigo es el cacique que los explota. Mientras siga el clima de lucha, ellos no se darán cuenta, pero si viene una larga temporada de paz quizá empiecen a pensar. Y un pueblo que empieza a pensar un poco es el peor enemigo para según que tiranuelos del desierto. Es para ellos peor que la bomba atómica.

Salima había palidecido. Los pensamientos inquietantes casi se le podían leer en la cara.

—Supongo que estás pensando —murmuró—, que alguien puede querer matar a todos los miembros de esa conferencia de la paz.

Los nudillos de Raiban habían crujido.

Él también pensaba lo mismo, aunque el pensamiento le parecía demasiado siniestro para darle libre curso. Pero estaba allí y no podía ignorarlo. Con los ojos entornados susurró:

—Pienso algo más.

—¿Qué?

—Que eso va a hacerlo alguien que culpe a Israel y que haga que ese pueblo no sea perdonado jamás por sus vecinos árabes. El siniestro trabajo va a hacerlo un judío. Un judío renegado, naturalmente. Quienes le han comprado le han garantizado que nunca será descubierto, pero en realidad lo tienen todo preparado para que aparezca a los ojos del mundo como autor de la matanza. Una vez comprobado eso por los periodistas, y antes de que pueda hacer declaraciones, lo liquidarán a su vez. El verdugo que han enviado a Bangkok es en realidad un condenado a muerte, pero él no lo sabe. Piensa que va a salir vivo de allí y encima con una

montaña de dólares. En parte porque es un sádico y el trabajo le gusta, y en parte porque le han prometido convertirle en multimillonario, ha debido llegar a Bangkok para organizarlo todo. Y ahora la pregunta esencial es: ¿qué judío importante ha podido llegar a Bangkok hace poco? Así de sencillo y así de complicado a la vez: *¿qué judío importante?*

Salima seguía reflexionando intensamente.

El curso de los pensamientos de Raiban le parecía lógico del todo. Se daba cuenta de que habían llegado a un punto a partir del cual era posible dar el paso decisivo, y por supuesto, estaba dispuesto a darlo.

—De momento sacaré dos billetes para Bangkok —decidió—. Mientras tanto pondré un cable para que podamos estar informados al llegar allí.

—¿Un cable a quién?

—A Nora, la dueña de un club nocturno de la ciudad. En ese club se reúnen casi todos los crápulas de Bangkok, y entre esos crápulas figuran algunos personajes influyentes. No le será nada difícil revisar las listas de pasajeros llegados últimamente.

Y la muchacha añadió:

—Voy a despedirme de esta cochina casa.

—¿No te pondrán ningún obstáculo?

—¿Por qué? —musitó ella—. Esto va a ser un chorro de oro. Tengo un cliente que va a pagar cuarenta y cinco dólares Hong Kong por hora...

—Va a pagarlos mi Gobierno —dijo Raiban, mientras sonreía por primera vez en mucho tiempo—. Dos misiones más como ésta y el presidente se declara en bancarrota...

CAPÍTULO XIV

LOS ASESINOS CUIDADOSOS

Karl explicó calmadamente, con típica precisión germánica, mientras miraba a Muley Alcacem:

—Éste es el plano de la habitación donde va a celebrarse la conferencia. Es un lugar elegido por el Gobierno tailandés por sus máximas condiciones de seguridad y por lo fácilmente que puede vigilarlo la policía, ya que los gobernantes de Bangkok no quieren nada que pueda comprometer el buen nombre del territorio. Están decididos a que los delegados árabes y judíos regresen a sus países de origen tan sanos y salvos como han venido.

—Lo cual indica que un atentado será casi imposible —dijo Muley Alcacem con expresión torva—. ¿Y para eso me he gastado yo mi dinero?

—Yo soy un profesional. —Gruñó Karl—, y hago las cosas bien. No me guió por mis sentimientos ni mis deseos, sino por mis cálculos y mis convicciones. He estudiado el asunto a fondo. Hace dos semanas, cuando sugerí que tenía que venir Joveley a Bangkok, ya sabía que la conferencia tenía que celebrarse ahí.

—¿Y qué?

—El mejunje empieza mañana.

—Repito, ¿y qué?

—La policía lo ha cerrado todo. Ahora el local ya está limpio. Nadie más puede entrar en él hasta que se inicie la conferencia. Sólo el presidente de la delegación árabe y el presidente de la delegación judía tienen un permiso especial.

Los ojos de Muley se achicaron.

Empezaba a comprender.

—Eso quiere decir que el presidente de la delegación judía

entrará con Joveloy hoy mismo... —insinuó.

—Sí. Aunque Joveloy haya sido expulsado de tantos sitios por actividades terroristas, no deja de ser un judío eminente —susurró Karl—. Perteneció al grupo «Stern»^[1]. Y es amigo personal, íntimo, del presidente de la delegación israelí. Éste no puede negarse a recibirle donde Joveloy diga, y Joveloy se las ingeniará para que sea a solas y en un lugar absolutamente seguro, como por ejemplo la sala donde va a tener lugar la conferencia. Excepcionalmente, ambos podrán entrar en ella.

Los ojos de Muley Alcacem se hicieron aún más pequeños, parecidos a dos rendijas.

—Empiezo a comprender —dijo—, pero Joveloy no podrá colocar allí las cargas de plástico. Tendrá al lado a su amigo...

—No deberá colocar nada —corrigió Karl—. No podría. Lo único que hará, y eso es fácil para él, será obtener un molde de la cerradura. Por la noche, uno de nuestros especialistas penetrará en el local, pese a la vigilancia de la policía, una vigilancia rutinaria y que no tiene en cuenta la posibilidad de que alguien pueda usar tranquilamente la puerta, al disponer de la llave. Ese especialista colocará las cargas. Habrá cinco debajo de los asientos de cada delegación. No van a quedar ni los pedazos.

Añadió con voz inexpresiva, como el ingeniero que describe las características técnicas de un puente:

—Los explosivos irán conectados a las lámparas, de modo que apenas se encienda una de éstas se producirá inevitablemente el estallido. Todo es de perfecta y total seguridad. Luego, sólo nos quedará acusar a Joveloy, pues tendremos pruebas de que ha entrado antes en el recinto con el jefe de la delegación israelí. Pruebas fotográficas que yo mismo procuraré, aparte las declaraciones de la policía que les habrá visto entrar. Una vez se sepa esto, y antes de que Joveloy pueda hablar y delatarnos... le mataremos. Puesto que es un trabajo especial y de gran responsabilidad, yo mismo me encargaré de ello.

El multimillonario árabe sonrió complacido. Todo aquello le parecía maravillosamente exacto, maravillosamente fiel. Karl Hauser prosiguió:

—Estamos al final del camino, pero no ha sido fácil llegar hasta aquí. Primero hubo que matar a Allan para que no pudiese proteger

a Mulligan. Luego hubo que matar a Mulligan porque él trataba de deshacer esa conferencia. Nosotros teníamos interés en que no se celebrara en Bangkok, sino en nuestra capital, para así apuntarnos el tanto de la paz y la influencia que eso significa. Mulligan era algo así como un representante personal de nuestro Gobierno y por ello el agente Allan tenía que protegerle a toda costa. Una vez supimos que la conferencia se celebraría aquí sin problemas, hubo que conseguir la entrada de Joveloy en el país. Legalmente no podía entrar, pero en cambio estábamos en situación de lograrle un permiso especial por unos días, al necesitársele para atender un deber de humanidad. Mediante una llamada anónima habíamos hecho que la chica thai con los ojos abrasados fuera descubierta, pero al mismo tiempo contábamos con que los médicos de los hospitales de Bangkok no sabrían cómo salvarla. Simultáneamente Joveloy, un gran especialista en quemaduras de los ojos, un hombre que podría ser un genio si no fuera al mismo tiempo un loco, pedía permiso limitado de entrada en el país. ¿No iban a concedérselo? ¡Pues claro que sí! ¡Por una vez podía ser útil para una buena obra! Él ha acabado de dejar para el arrastre a la chica, pero eso no importa. Nadie sabía nada. La chica no va a quejarse. Y al mismo tiempo ha entrado en contacto con el jefe de la organización israelí, con el rabino Malenbaum. Son íntimos amigos; Joveloy es la única persona en el mundo que puede convencerle para una conversación privada en un sitio muy privado. ¿Se da cuenta ahora de que todo ha estado bien planeado, Muley Alcacem? ¿De qué todos los pasos dados han sido *absolutamente necesarios* para llegar a este maravilloso fin? Mañana a esta hora, tres docenas de pacifistas reclutados entre lo más importante de los países árabes e Israel, habrán volado en pedazos. Estarán juntitos y en paz en el Más Allá. Voy a decirle algo más: Joveloy y Malenbaum ya han concertado su cita. ¿Cree que algo va a fallar? ¿No tiene confianza en nosotros, ahora?

Muley Alcacem contempló admirado a las tres personas que estaban con él: a Karl, a Corban y a aquella india mantecosa y enorme que aún olía a los huesos calcinados del crematorio de la calle Ramankabía. Era la única del trío que le fastidiaba, la única que le causaba náuseas. Incluso su presencia le hacía aborrecer a las otras mujeres, lo que ya es decir.

Dijo con voz ahogada:

—Me ha costado mucho dinero, pero todo es perfecto...

—El dinero lo recuperará, Muley —dijo Karl—. Y sepa que los buenos profesionales, aunque caros, siempre ofrecemos garantías de éxito. Es mejor confiarse a nosotros. Al fin y al cabo, matar es nuestro oficio.

La india mantecosa susurró:

—Y el mío es borrar las huellas de la muerte.

—Por donde pasas tú no quedan huellas ni de los gusanos —dijo aburridamente Corban—. Hala y que te zurzan...

CAPÍTULO XV

LA HORA DE LOS MUERTOS

La dueña del tugurio de Bangkok resultó ser una mujer increíblemente joven, increíblemente fresca, con una cara increíblemente ingenua. Era una tía que se lo sabía todo, pero mirándola a los ojos nadie lo hubiera sospechado. Diríase que no sabía nada. Mientras respiraba hondamente, para que se marcaran más sus formas pequeñas y bien formadas, susurró:

—El cerdo se llama Joveley.

—¿Cómo lo sabes?

Raiban la miraba fijamente. Raiban parecía encontrarse a gusto en aquel ambiente de muebles lacados, de cortinas opacas, de cuadros hechos con seda. El ambiente era oscuro, íntimo, aunque. —Si uno se fijaba bien en él—, estaba cargado de viscosidades. Pero a Raiban no le importaba porque sabía que más allá estaba la muerte; porque sabía además, que dentro de poco pasaría a la acción y se convertiría en una especie de perro rabioso.

Salima, que era la que le había llevado a aquel antro de Bangkok, musitó:

—¿Cómo estás tan segura de que se llama Joveley?

—Porque los hombres que vienen a esta casa lo saben todo, y porque nosotros terminamos sabiéndolo todo también. Un fulano con unas copas de más y con una chica que le acompaña, es capaz de soltar hasta la lista de amigos que fueron al entierro de su abuelo. Aquí nos enteramos de todo, y para Salima yo no tengo secretos. ¿Me has dicho que quieres vengar a tu padre?

Salima tenía los labios apretados. Sus ojos se habían hecho pequeños. Bruscamente habían dejado de ser hermosos para convertirse en los ojos de una mujer cruel, despiadada. Los ojos de

una mujer que sólo ansiaba ya mirar a sus enemigos por las rendijas de una tumba.

—Ese tipo, Joveloy, no fue el asesino de Hong Kong, pero forma parte del mismo grupo. Quiero verle reventar poco a poco, quiero verle triturado, quiero ver los pedazos de su lengua. Y en cuanto a sus jefes, a los que han organizado todo esto, no habrá lugar en el infierno donde quepan sus carroñas. Eso es lo único que pido.

—Pues no me parece tan sencillo —dijo la mujer de las formas pequeñas.

—Basta con que nos digas a qué lugar ha ido Joveloy —musitó Raiban—, y con qué gentes ha entrado en contacto.

—Con un rabino llamado Malenbaum, que preside, al parecer, una comisión israelí encargada de sostener conversaciones de paz con una delegación árabe. De eso no se ha hablado nada aún en la prensa, porque se trata de una reunión absolutamente privada y en un país neutral para que no esté sometida a influencias de ninguna clase. Pero lo curioso es que también ha estado en el hospital. Parece que hay allí una chica a la que tenía que atender. Y ha hablado con un alemán llamado Karl Hauser.

Raiban echó un poco la cabeza hacia atrás.

Karl Hauser... No recordaba aquel nombre, pero había nueve posibilidades contra diez de que fuese un sucio aventurero. En cuanto a la chica del hospital, no estaría de más echarle un vistazo. Demasiado sencillo todo. La muchacha podía ser un enlace.

—Gracias —dijo a la dueña del garito—. Alguna vez te pagaré el favor que me has hecho.

—Tú los favores me los puedes pagar cuando quieras —dijo ella, con voz opaca.

—No estoy tan seguro —dijo Raiban.

Y se largó de allí.

Salima llevaba unos «*blue jeans*» ajustados, una blusa que estallaba, un cuchillo ajustado a la pantorrilla y una cara de mala baba que cortaba el aire. Raiban se había procurado otro «Phyton» más brutal todavía que el primero y un coche de alquiler capaz de alcanzar los ciento ochenta por hora. Eso, en las estrechas y mal señalizadas carreteras tailandesas, era como salir disparado en un cohete «Saturno». Pero, por si tenía que perseguir a alguien, no se quería quedar corto.

Fueron al hospital General. Estaba limpio, pero en todos los hospitales asiáticos había promiscuidad, exceso de enfermos, falta de indicaciones, déficit lamentable de médicos y de enfermeras que conocieran su oficio. La enferma que había cuidado el doctor Joveloy, sin embargo, estaba en una habitación aparte. Habían tenido que atarla después de una terrible crisis de desesperación que la había hecho entrar en una especie de estado de coma.

Su corazón ya no respondía.

La capacidad humana para soportar el sufrimiento tiene un límite. La espantosa soledad, los engaños, la desesperanza, habían acabado con ella. Los ojos que no veían estaban desencajados. Las manos temblaban como en un ataque de epilepsia. Se había ensuciado encima. De su garganta con las cuerdas vocales rotas escapaba apenas un gemido perruno.

—No sé si podremos salvarla —dijo el médico que les había llevado hasta allí—. Su corazón está fallando a pesar del tratamiento a que la sometemos, y además yo juraría que *no quiere vivir*. Desde que ayer la vio el doctor Joveloy ha sido mucho peor. No entendemos tampoco qué ocurre con sus cuerdas vocales y con sus ojos. Por lo que yo he podido averiguar, tuvo que caer en manos de una salvaje pandilla de sádicos...

Raiban, que había hecho valer allí su credencial de agente secreto norteamericano (los tailandeses, pese a lo que se diga, tienen mucho interés en no enfadarse con los súbditos del Tío Sam), tuvo que dominar una especie de crispación de horror antes de acercarse. Todas las salvajadas que había visto en este mundo, todos los crímenes, todas las abyecciones quedaban pequeñas ante aquella muestra de sadismo casi científico, ante aquella destrucción deliberada, sangrienta, de un ser humano. Comprendió que aquella pobre muchacha había servido seguramente como instrumento para que Joveloy pudiera entrar en el país. Y si aquel cochino grupo había llegado tan lejos, era porque la presencia de Joveloy en Bangkok tenía una enorme importancia.

—La muchacha no tiene parientes —susurró el médico—. Si muere, no sé qué vamos a hacer con ella.

—¿Joveloy no ha vuelto?

—No. Y es lo extraño; parece como si se hubiera desentendido de ella.

—Llamaré a la embajada de mi país —dijo Raiban lentamente—. Bajo mi responsabilidad se harán cargo de ella y la transportarán a Estados Unidos. Ya sé que es difícil y que no podrá volver a hablar jamás, pero en cambio podrá volver a ver. Estoy seguro de eso. Al no tener el nervio óptico dañado, le pueden trasplantar un ojo, al menos. Es algo que se hace de una forma ya rutinaria y que casi siempre tiene éxito. Se salvará si vuelve a creer en alguien, si se convence de que el mundo no es tan perro como le han hecho ver ahora. Dentro de poco le aseguro que esta muchacha habrá salido de aquí y contará con los mejores especialistas que puedan hallarse en mi país. Pero ahora debo irme. Tengo unos cuantos *negocios* que arreglar.

En efecto, telefoneó a la embajada y dio cuenta de lo que sucedía, exigiendo que inmediatamente se hicieran cargo de Nagoda. Tenían que salvarla *a toda costa*. Ése era el único premio que pedía él, la única recompensa para la misión de muerte que pensaba realizar.

Inmediatamente, Salima y él volvieron al coche. No resultaba difícil saber dónde iba a celebrarse la conferencia, porque, pese a su carácter secreto, ya se habían producido algunas filtraciones. El periódico *Bangkok Times* publicaba la noticia, a título de rumor, en primera página.

Los dos se dirigieron hacia allí. La reunión tenía lugar en un edificio cuadrado, de rica madera decorada con laca y oro, situado muy cerca del Desembarcadero Real y del templo del Buda Esmeralda. Una fuerte escolta policial rodeaba las cercanías, de modo que no les fue posible llegar hasta el propio edificio. Empezaba a oscurecer cuando dejaron el automóvil en un sendero cercano al río. Luego bordearon a pie la zona.

La tarde era pesada, plomiza.

Presagiaba tormenta.

La luz disminuía de una forma notable, casi alarmante. Diríase que el sol se ocultaba con más rapidez aún que los otros días. Las lanchas iban desapareciendo de los canales que, entre la penumbra, disimulaban su suciedad, adquiriendo un raro tinte entre dorado y púrpura.

Raiban murmuró:

—Tengo que meterme en ese edificio.

—¿Pero cómo? —susurró la muchacha—. Veo que todos los que atraviesan la barrera de la policía llevan una credencial en la solapa. ¿De dónde la vas a sacar tú? Comprueban persona por persona...

—Quizá pueda sacarla de allí —susurró Raiban.

Y señaló al cercano *parking*.

Éste consistía en una explanada situada fuera del control de la policía, y donde los recién llegados iban dejando sus modestos coches que no llamaban la atención. Incluso los árabes, tan amigos de las ostentaciones, habían venido, esta vez, en sencillos utilitarios. Después de salir de aquellos coches, los delegados se colocaban la credencial en la solapa y atravesaban sin dificultad la barrera de la policía.

Raiban caminó entre los coches.

Había visto otro que llegaba. Dos hombres con la nariz aguileña e inconfundible aspecto árabe iban en el diván delantero.

La abundancia de coches hacía que Raiban pudiera deslizarse entre ellos casi sin ser visto hasta el último momento. Y eso fue exactamente lo que ocurrió con el que llegaba. Los dos hombres no llegaron a ver a Raiban hasta el momento de descender del viejo «Austin» en que habían llegado. No esperaban ninguna clase de agresión y por otra parte, como eran árabes pacíficos, no llevaban armas ni acertaron a realizar un solo gesto de defensa. Los dos recibieron los culatazos sin darse cuenta de lo que ocurría.

Raiban no cargó demasiado la mano. No iba a matar, después de todo, a dos hombres que ninguna culpa tenían. Los volvió a meter en el «Austin» y dijo a Salima:

—Tú vigílalos. No quiero sorpresas.

—¿Vas a entrar solo, John?

—Me gustaría entrar contigo, pero las dos credenciales llevan nombre masculino. Ocúpate de que éstos no molesten, y lo demás es cuenta mía. ¡Ah...! ¿Tú reconocerías a Jovelo?

—Aunque nos lo han descrito, no creo que le conozca.

—No te preocupes. De todos modos no es fácil que esté ahí dentro, ni sus amigos tampoco. Me jugaría el cuello a que han organizado una masacre a base de explosivos y por lo tanto no estarán cerca. Pero esa masacre es lo que ante todo tengo que evitar.

—¿Cómo vas a hacerlo, Raiban? ¿Cómo descubrirás los hilos, los explosivos si es que los hay? ¿De qué modo crees que podrás hacerlo?

—No tengo idea, pero una sola cosa está clara para mí: tratan de boicotear esa conferencia de la paz porque hay fulanos con intereses muy sólidos a quienes la paz no les conviene. Para boicotear una conferencia de esta clase y hacer que en lo sucesivo no pueda volver a reunirse más, hay un sistema muy sencillo: que todos los delegados vuelen como angelitos, unos en busca de Jehová y otros en busca de Alá y Mahoma. No sé qué sistema debo seguir, pero al menos veo el camino claro. Y para mí ya es bastante.

Volvió la espalda con un gesto de decisión.

Aquellas espaldas anchas, hercúleas. Aquella cara donde palpitaba una fanática decisión. Aquellos ojos detrás de los cuales no parecía haber un alma.

Ella bisbiseó:

—John...

John Raiban la miró. Sintió también intensamente clavados en él los ojos de la muchacha.

Eran unos ojos intensos, quizá demasiado intensos. Llegaban a hacer daño. Había en ellos dolor, había pasión, había también esperanza. Eran unos ojos tras los cuales parecía aguardar una vida entera, una vida que aún no había empezado. Pero Raiban no quiso mirarlos un instante más.

Primero estaba la muerte.

La muerte que era su obsesión. La muerte que era su única consigna.

Con la credencial en la solapa, no tuvo problema para entrar en la sala de conferencias. Pero como dio por descontado que allí no le conocería nadie y eso llamaría la atención (pues al menos los delegados de cada bando tenían que conocerse todos), no llegó a penetrar directamente en el lugar de las reuniones. Fingió que iba al cuarto donde estaban los lavabos y permaneció al acecho allí. Se dio cuenta de que la luz se iba haciendo cada vez más mortecina, más menguada, casi más angustiosa.

La conferencia quizá duraría toda la noche, porque, por las voces que estaba oyendo, la discusión llevaba camino de ser muy animada. Pero él no podía confiarse pensando que disponía de

mucho tiempo, porque la explosión podía producirse en cualquier instante. En consecuencia se dedicó a buscar.

Allí, en los lavabos, no había nada.

Salió al pasillo...

Dos guardias leían aburridamente una revista sin interesarse lo más mínimo por lo que pasaba dentro, en la sala de conferencias. Dirigieron a Raiban una mirada puramente superficial, después de darse cuenta de que llevaba en la solapa el distintivo de delegado. Raiban miró ansiosamente todos los cables, todos los enchufes y aparatos que daban a aquel lugar.

Bruscamente había empezado a darse cuenta de que cada segundo contaba. Notaba que sus facciones empezaban a estar bañadas en sudor. La luz se iba haciendo más mortecina, más apagada cada vez, y esa luz llegaba a obsesionarle.

No había nada en el pasillo.

Nada, al parecer, en ninguna parte.

¿Y si había sospechado tontamente? ¿Y si no buscaba donde tenía que buscar? ¿Y si, al fin y al cabo, allí no iba a pasar maldita la cosa?

Sus puños se abrieron y cerraron produciendo un siniestro chasquido.

No, no... Él estaba en lo cierto. Tenía que ser allí... ¡allí! Joveloy y los suyos no habían organizado toda aquella monstruosidad para actuar en otro sitio, sino precisamente en el lugar de la conferencia. Era en aquel edificio donde se tenía que producir la explosión, pero ¿cómo evitarla? ¿Cómo llegar hasta los cables? ¿Dónde estaban las cargas?

Allí fuera ya no podía buscar más. Aun a riesgo de llamar la atención, tenía que buscar dentro. Por lo tanto, penetró en la sala.

Nadie le miró.

En aquel momento hablaba uno de los delegados israelitas. Todo el mundo estaba pendiente de sus palabras.

—El problema de Oriente Medio —decía—, no es un problema insoluble. Si Israel es reconocido como Estado soberano y se le fijan unas fronteras seguras, no sentirá de ningún modo afanes expansionistas a costa de sus vecinos los árabes. Si hasta ahora se ha visto obligado a atacar, ha sido por necesidad de hallar unas fronteras más sólidas, más seguras, militarmente más defendibles.

Esto si ustedes meditan sobre la reciente historia de nuestros pueblos, está tan claro como la luz. Por cierto... Observo que la luz empieza a faltar... —Añadió sonriendo—. No puedo apenas ni leer mi discurso.

Y miró significativamente al ujier que se encargaba del alumbrado de la sala. Éste hizo un gesto afirmativo y fue hacia donde estaba el interruptor de la luz.

Puso en él lentamente su mano derecha.

CAPÍTULO XVI

ASADOS EN MANTECA

Raiban no le miró siquiera. Aquello, al fin y al cabo, no tenía el menor interés para él. Sus ojos escrutaban la sala buscando un rostro sospechoso, una señal, un leve indicio. Nada le llamó la atención. Nadie se fijaba en él tampoco.

La mano se había cerrado ya sobre el conmutador.

Raiban volvió la cabeza.

Sus ojos no tenían expresión alguna.

Y de pronto hubo una especie de chispa en aquellos ojos. Un relampagueo, una muda expresión de horror. De repente se dio cuenta de que la luz significaba una corriente eléctrica, unos cables, unos terminales... ¡Qué podían estar conectados con la carga explosiva!

¡Claro!

¡Tenía que ser aquello!

¡La luz!

Todos sus músculos se dispararon entonces puesto que ya no le servía de nada ni siquiera gritar. Saltó hacia el ujier tratando desesperadamente de evitar lo inevitable.

Los dos rodaron por tierra.

¡La mano no había llegado al conmutador!

¡La luz no se había encendido!

Se oyeron gritos en la sala de conferencia. Nadie entendía aquello. Los policías que estaban en el exterior sacaron sus armas. Pero John Raiban, que seguía rodando por el suelo, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Pronto! ¡Salgan de aquí! ¡Abandonen esto, maldita sea! ¡La sala va a estallar!

Todos los delegados entendían el inglés, que era además el idioma de la conferencia, de modo que saltaron hacia las puertas y ventanas. Nadie trató de detenerles, sino todo lo contrario. Los policías abrieron para que todo el mundo pudiera salir. Ellos mismos se deslizaron hacia las ventanas.

Morir por Oriente Medio les parecía una solemne tontería.

El exterior del edificio se llenó de órdenes, maldiciones y gritos. Los árabes culpaban a los judíos y éstos a los árabes. Los tailandeses les decían con lo más florido de su lenguaje que se largaran de una vez a sus podridos países. La confusión era total; en algunos momentos se hacía espantosa.

Sólo un hombre conservaba la serenidad allí, y ese hombre era Raiban. Tenía la suficiente serenidad para saber que no debía moverse de la sala, para saber que allí ocurriría *algo*. De pronto aquel lugar donde un minuto antes se discutía, se gritaba, acababa de convertirse en una especie de mausoleo. No se oía ni un susurro. La penumbra lo envolvía todo. Los gritos se oían, exclusivamente, en el exterior donde la policía thai aún no había logrado imponer el menor orden.

Raiban era el único que no había salido de allí, el único que afrontaba el peligro, aunque sabía que el solo hecho de mover un conmutador podía provocar la catástrofe. Sus facciones impasibles, sin embargo, no reflejaban la menor emoción; casi ni el menor interés. Lo único que hizo fue desprenderse de la corbata, anudarla por la parte más delgada al interruptor que había junto a la puerta principal. —Y que era de palanquita—, y dejar el resto de la corbata fuera, cerrando aquella puerta casi totalmente, pero dejando una rendija que le permitiese ver. Y, apenas unos minutos más tarde, VIO.

Los cinco personajes habían entrado allí por una de las ventanas bajas, que daban al jardín. A uno de aquellos personajes, sin embargo, habían tenido que ayudarle a causa de su inmenso volumen. Al menos pesaba ciento veinte kilos, ciento veinte kilos de sebo, piel lustrosa y olor a muerto barato. La india era de o más repelente que Raiban había visto. Los otros cuatro, en cambio, eran sujetos que hubieran podido ser considerados como elegantes en cualquier ciudad occidental.

El doctor Joveloy, con sus gafas de montura de oro.

Muley Alcacem, cubierto de joyas y vestido por el mejor sastre de Londres, aunque la etiqueta del traje fuera de Melbourne.

Corban, con su indumentaria correcta e impecable, parecida a un uniforme.

Y Karl, con su aire profesional a veces, con sus ojos inquisitivos, con su boca crispada en una mueca cruel. Karl Hauser que había esperado la explosión a poca distancia, con sus compinches, y que ahora no entendía nada. Karl Hauser que consideraba aquello algo inexplicable. Karl Hauser que también quería VER.

Su mirada escrutó la sala en la que no pudo ver a nadie, porque Raiban estaba en el pasillo, más allá de la puerta entreabierta. Con manos ansiosas buscó las cargas debajo de los asientos. Si había llegado hasta allí era porque pensaba que había sido traicionado y las cargas no estaban colocadas. Ahora se dio cuenta de que sí, de que todo estaba perfecto... pero la explosión no se había producido ¡Al contrario, todos los delegados habían huido de allí! ¿Por qué? ¿De dónde venía el sople?

La india gruñó:

—Te aseguro que en el crematorio no lo supo nadie...

Y Muley Alcacem:

—¡Resultados es lo que quiero! ¡Resultados! ¡Todos vosotros no sois más que una pandilla de imbéciles!

—Las cargas están correctamente colocadas. —Silabeó Karl.

—¡Pero no han servido de nada! ¡La explosión no se ha producido!

—Eso es lo que no consigo comprender.

—¡Ahora ya no podemos intentarlo otra vez! —gritó el árabe—. ¡Todo se ha ido al infierno! ¡Lo único que nos queda es largarnos de aquí antes de que nos detengan!

Karl balbució:

—¡Calla, perro!

—¡Más respeto, hiena sarnosa!

—Yo soy un profesional. Yo lo he hecho todo bien. ¡Quiero averiguar lo que ha fallado y lo averiguaré...! Quiero que...

No llegó a terminar la frase.

De pronto su boca se torció.

Sus ojos se desenfocaron.

Su mano tembló, en una salvaje tentativa de evitar lo

irremediable.

Acababa de ver el nudo de la corbata sobre la palanquita del interruptor. Se daba cuenta de lo que aquello significaba. Con todas sus fuerzas, con toda su desesperación, con toda su ansia, intentó saltar...

—¡Allí! —gimió.

Fue su última palabra.

Como si él mismo diera la señal para morir.

Raiban tiró de la corbata desde fuera e inmediatamente se lanzó al suelo del pasillo.

Daba por descontado que la explosión estaría calculada para destruir solamente la sala de conferencias, pero aun así los tabiques cedieron, los techos saltaron, la muerte y la sangre se enseñorearon de todo. Raiban quedó casi sepultado entre los cascotes, entre los restos de los muebles, entre los pedazos humanos que todavía sangraban. Un alarido inmenso, atronador, alucinante, un alarido de muerte se había producido allí dentro en el mismo instante de la explosión. El alarido unánime de cinco gargantas que ya no volverían a gritar. La llamada del Más Allá. La última voz del último aniquilamiento.

Cuando Raiban pudo salir de entre las ruinas del edificio con las ropas aún chamuscadas, la muchacha vino a su encuentro. Había en sus ojos lágrimas de miedo, de alegría, de incertidumbre... Lágrimas de algo más que Raiban entendió muy bien, pero que no quiso preguntar. Lo único que quiso saber fue:

—¿La policía?

—Tienen demasiado trabajo para ocuparse de nosotros.

—Pues largo de aquí. ¿Cuándo sale un avión para cualquier sitio?

—De Bangkok despegan cada diez minutos —dijo ella, con voz metálica—. Van a todas partes, lo que quiere decir a cualquier parte...

—Al infierno —dijo Raiban lentamente—. Ahora ya no me sabría tan mal.

Ella logró sonreír. Su cara había cambiado. Y con voz donde otra vez palpitaba la fuerza de su juventud muró:

—Tengo curiosidad por saber si hace más calor que aquí... ¿Te importa que te acompañe, macho?

Los dos se largaron en el primer coche que pudieron robar. Hasta mucho más tarde no se dieron cuenta de que era de un sujeto llamado Muley Alcacem; porque la documentación estaba a su nombre. Lo dejaron cerca del aeropuerto por si al dueño se le ocurría reclamarlo.

Pero hasta ahora, que se sepa, no han venido a por él ni los fantasmas... Y eso que Raiban y Salima, todas las noches, siguen rezando por sus muertos.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

NOTAS

[1] Durante las primeras luchas entre el recién nacido estado de Israel y los países árabes, en 1948, tuvo gran importancia un grupo terrorista formado por judíos de origen alemán, y que se mostró extraordinariamente fanático y enemigo de toda posibilidad de paz. Cometieron tales barbaridades que hasta los propios combatientes judíos los acabaron expulsando de sus filas. Eran los «Stern», que adquirieron una terrible fama. Algunos de ellos se integraron más tarde a las unidades combatientes israelíes. (N. del A.). < <